
ESPACIO
CIUDAD OCUPADA
louis g. milk

CIUDAD OCUPADA

LOUIS G. MILK

Ciudad ocupada

EDICIONES TORAY

Arnaldo de Oms, 51 — 53 Dr. Julián Álvarez, 151
BARCELONA BUENOS AIRES

Núm. de Registro: 4515 — 1965

Depósito Legal: B.—24567 — 1965

PRINTED IN SPAIN

IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en EDICIONES TORAY, S.A. — Arnaldo de Oms, 51—53 — BARCELONA

CAPÍTULO PRIMERO



Estaba parado en una esquina, con las ropas deterioradas, la barba de varios días y unas gafas oscuras protegiendo sus ojos del brillante resplandor diurno. Su mano derecha se tendía, sosteniendo un mugriento sombrero, en cuyo fondo brillaba una sola moneda de ínfimo valor.

—¡Una limosna, por amor de Dios!

El clamor de Akrim se perdió en el apresurado tráfago de los transeúntes que iban y venían por la acera. La calzada estaba llena de vehículos, pero ni uno solo se movía; todos, absolutamente, estaban parados.

—¡Una limosna, por amor de Dios!

Una mujer de cierta edad, aunque no vieja, se paró un instante delante de él y le miró con disgusto.

—En los campos de «quimfer» se necesitan operarios. ¿Por qué no

pide un empleo? —le preguntó agriamente.

—Mis ojos, señora—contestó Akrim—. Se quemaron en una explosión nuclear.

La mujer farfulló algo acerca de los tipos descuidados.

—¡Pues que lo devuelvan al sitio de donde vino! —rezongó. Y levantando la barbilla, siguió su camino.

«Así se te estropee el mecanismo de distribución de alimentos», deseó Akrim mentalmente.

Y volvió a emitir su monótona cantinela.

—¡Una limosna, por amor de Dios!

Una joven se detuvo delante de él. Era de cabellos amarillos, ojos vivaces, silueta esbelta y rostro finamente ovalado. Vestía un ajustado traje de una sola pieza, sin mangas, de color amarillo brillante, que moldeaba a la perfección las estatuarias líneas de su cuerpo, casi tan alto como el del mendigo, que no era un hombre pequeño, precisamente. El traje poseía un audaz escote en V, que dividía en dos rotundas curvas el pecho de la joven, y aquellas aberturas permitían ver una piel de tonos cálidos y tostados, de un color canela, que contrastaba agradablemente con el de su pelo y el del traje. Los ojos eran muy claros y daban una sensación de inteligente profundidad, que Akrim no pudo por menos de captar en el acto.

La muchacha llevaba en la mano un pequeño bolso que abrió, para extraer de su interior una moneda de metal muy brillante.

—Tome usted, buen hombre —dijo con encantadora sonrisa —. No llevo más suelto en estos momentos, pero confío que tenga lo suficiente para obtener una dosis de leche o caldo caliente.

—Mil gracias, amable señora. Dios se lo pague y se lo devuelva multiplicado —deseó Akrim fervientemente.

Ella se ruborizó un tanto. Luego siguió su camino, con paso rápido y elegante al mismo tiempo.

La moneda desapareció inmediatamente del sombrero. Akrim continuó en la misma esquina durante un buen rato, hasta que un rápido vistazo al cielo, le dijo que las tres estrellas que alumbraban la ciudad brillantemente, estaban a punto de confundirse en una sola.

Una vez al día, el movimiento de rotación del planeta lo situaba en línea con los tres soles de los cuales dependía para las vitales

funciones de luz y calor. Entonces desaparecía por unos instantes el mareante espectáculo de los objetos con tres sombras. Para Akrim, había llegado el momento de dejar su esquina.

Se marchó, tanteando el suelo con su bastón. Sería curioso, dijo, que un día encontrase alguien el modo de hacer andar aquellos millares de vehículos que estaban parados junto a las aceras desde hacía doscientos años.

La ciudad era muy grande y las distancias a recorrer considerables. Por supuesto, había numerosas aceras rodantes, pero no en el barrio extremo en que Akrim se había apostado para pedir limosna.

Encontró su casa, claro que sin necesidad de tantear realmente con el bastón. Aun hallándose en la periferia de la ciudad, no se diferenciaba de las otras en su funcionamiento. El aspecto podía ser diferente —en realidad, había una docena de tipos de casas, capaz cada una para un centenar de familias —, pero el funcionamiento era idéntico en todas ellas. Porque si bien los automóviles —si el nombre estaba bien aplicado— estaban parados y nadie sabía ponerlos en movimiento, en cambio, los servicios de las casas funcionaban de manera automática.

Atravesó la entrada y llegó al vestíbulo. Se situó sobre un disco de un metro y medio de ancho, junto al cual había una columna indicadora con varios botones. Presionó uno de ellos y el disco se elevó en el aire, levantándole a él también.

El ascensor se detuvo en el cuarto piso. Akrim abandonó el disco, el que emprendió inmediatamente la marcha hacia abajo.

La casa era circular y carecía de escaleras en absoluto. Los pasillos eran asimismo circulares, de un diámetro superior a los diez metros. Por dicho hueco iban y venían los ascensores, que conducían a los moradores del edificio a sus respectivos apartamientos.

Akrim se detuvo ante la puerta de su vivienda. A la derecha había una especie de tablero con diecisiete botones pequeños y otro más grande. Presionó varios de los pequeños, en rápida sucesión, y luego apoyó la palma de la mano en el mayor durante cinco segundos. Así marcó la clave de apertura automática de la puerta, la cual era distinta para cada caso. El botón grande era un termómetro que registraba la peculiar temperatura, en millonésimas de grado, de cada cuerpo humano. Era la clave de la llave, si así puede

expresarse. Nadie que no fuese el propio Akrim podía abrir aquel piso.

Entró. La puerta se cerró automática y silenciosamente a sus espaldas.

El mobiliario era sobrio, casi espartano, pero cómodo y ajustado a las necesidades del ocupante. Akrim se quitó el mugriento sombrero que arrojó a un lado y luego se dirigió a un invisible armario, empotrado en la pared, que abrió por un procedimiento parecido al de la puerta de entrada.

Extrajo unos pantalones limpios y una especie de blusón corto, holgado, así como unos zapatos blandos y cómodos, ajustados a su medida anatómica. Con aquellas prendas en la mano, se dirigió al cuarto de baño.

Media hora más tarde, había tomado un aspecto completamente distinto. Volvió al armario y sacó del mismo un ancho cinturón negro, con varios aditamentos, entre ellos una pistola pesada de luz sólida. El blusón ocultó fácilmente el cinto.

Una vez se hubo equipado, fue a la habitación denominada cocina. Sacó todas las monedas que tenía en el bolsillo, eligiendo muy especialmente una de diecisiete dinares y medio, que apartó a un lado.

No era que se usase semejante sistema monetario en el planeta, pero ellos llamaban así a las monedas, debido a los signos extraños que tenían grabadas en sus dos caras y que se parecían mucho a la cifra y la palabra indicadas. En realidad, a la llegada a la ciudad, se habían encontrado sólo unos cuantos millares de monedas, de distinta valoración, una vez averiguado el objeto, habían sido reproducidas masivamente, para uso de sus actuales habitantes.

En aquellos momentos, Akrim sólo necesitaba una moneda de tres dinares y medio. Eligió la que le hacía falta y la insertó en la ranura que había a la derecha de una serie de grifos que sobresalían de la pared. Tomó un vaso, presionó un botón y un chorro de leche salió al momento por el orificio.

Bueno, se dijo Akrim, los análisis habían demostrado que no era leche, pero poseía las mismas sustancias básicas y su mismo coeficiente nutritivo, así que todo el mundo le llamaba leche. Estaba ligeramente azucarada y a una temperatura tal que se encontraba fría en verano y tibia en invierno, cuando los tres soles del planeta

eran, durante unos meses, poco más que unos puntos brillantes en el universo.

Al terminar de tomar la leche, examinó la moneda de diecisiete dinares y medio. Tras unos momentos de reflexión, metió la mano bajo el blusón y extrajo del mismo una diminuta lupa, que sujetó con la órbita del ojo derecho.

Pronto divisó una finísima ranura que corría a todo lo largo del borde de la moneda. Con ayuda de un objeto semejante a un cortaplumas, de filo muy aguzado, separó las dos partes de la moneda y extrajo un finísimo papelito que había en su interior.

Desdobló el papelito. Había unas cuantas letras escritas en el mismo.

ROTONDA 400, 77, 6ª, 7.º

Se aprendió aquella dirección de memoria. Unos segundos después, las letras desaparecieron. Antes de un minuto, el papel entero se había convertido en un poco de vapor gris, que fue arrastrado prestamente por el perfecto sistema de aireación del edificio.

Entonces llamaron a la puerta.

No se produjo sonido alguno. La casa disponía de ventanas, que permitían la entrada de la luz diurna, pero el resplandor interno osciló varias veces. Era curioso, pensó Akrim; en sus exploraciones por la ciudad, no habían encontrado nada parecido a un altavoz, ni un teléfono ni ningún adminículo semejante. Los científicos habían llegado a la conclusión de que los anteriores moradores de la ciudad carecían del sentido del oído. La forma de recibirse las llamadas a la puerta, así parecía indicarlo.

Metió la mano bajo el blusón y aflojó la funda de la pistola. Luego, caminó hacia la puerta.

Presionó el mando de apertura. Dos hombres aparecieron ante su vista. Eran caras herméticas, duras, de rasgos grisáceos y labios pétreos. Le extrañó que llevasen una especie de cascos livianos con auriculares.

Quiso hablar. De repente, un objeto invisible le golpeó en la frente.

Los objetos empezaron a dar vueltas sobre sí mismos. Akrim creyó que también giraba velozmente en dirección a una noche

infinita, sin ruido. Los movimientos de giro cesaron de pronto cuando perdió totalmente el conocimiento.

CAPÍTULO II

Akrim abrió los ojos torpemente. Paseó la vista en torno suyo.

Hallábase tendido en un camastro no muy duro, de colchón delgado, según pudo apreciar más tarde, pero confortable a pesar de todo. Creyó que acababa de despertar de un sueño, ya que no sentía el menor dolor en el sitio donde había recibido el golpe. Y no era la primera vez que le atontaban de una forma semejante, así que tenía cierta experiencia sobre el particular.

La habitación en que se hallaba era cúbica, de paredes grisáceas. Su único mobiliario era el camastro, no había más.

Se puso en pie, con mejor talante del que habría esperado De pronto, se dio cuenta que le habían quitado el cinturón.

Apretó los dientes. Algunos objetos que estimaba particularmente, le habían desaparecido. Ahora estarían siendo desmenuzados y analizados hasta el último átomo. Esto no podía beneficiarle en modo alguno.

Tanteó las paredes, golpeándolas con los nudillos, sin encontrar sonido a hueco. El suelo le proporcionó idéntica sorpresa.

—Me habrán metido aquí por el techo —comentó a media voz, mirando instintivamente hacia arriba.

Pensó en la moneda que le había entregado la muchacha del pelo amarillo y los ojos claros. Había sido una suerte que la dirección estuviese escrita en un papel evaporable. De su mente no se evaporaría, estaba seguro. «Rotonda 400, 77, 6.ª 7.º». Cien años que viviese, la tendría presente.

Pero podían arrancársela de algún modo. La tortura, tal vez.

Ojalá fuese sólo física, pensó esperanzado.

Si le aplicaban algún medio de tortura mental...

De repente, uno de los muros de la celda se tornó transparente.

Asombrado, miró al otro lado.

Por un momento, creyó que había desaparecido el muro, tal era su transparencia. Sólo cuando dio dos pasos hacia delante y casi se machacó las narices, se convenció de que el muro seguía estando en su sitio. Un ligero toque con los nudillos le indicó que, en aquel caso, transparencia y solidez, eran palabras sinónimas.

Era una sala grande, bastante más que la celda en que se hallaba.

Había varias personas, todos varones, menos una mujer.

Los hombres, dos de los cuales eran sus raptores, vestían de una forma muy parecida, con aquellos curiosos medios casquetes, que les dejaban libres las sienes y la nuca, pero tapaban las orejas por una especie de auriculares redondos y muy gruesos.

La mujer estaba en pie. Era la que le había aconsejado que se buscase un empleo en los campos de «quimfer». Tenía las ropas casi completamente rasgadas, lo cual dejaba su cuerpo al descubierto por numerosos sitios, en una práctica desnudez. La expresión de su rostro era de inenarrable agonía.

Estaba siendo torturada.

Se hallaba frente a él, en pie, con las manos elevadas por encima de su cabeza y suspendida de una argolla por las muñecas, de tal modo que las yemas de los dedos de sus pies apenas si rozaban el suelo. Por sus flancos corrían menudos regueros de sangre.

Akrim se mordió los labios, realizando heroicos esfuerzos para no gritar, no de espanto, sino lanzando hacia aquellos sujetos el odio que le ardía dentro del pecho.

Uno de los sujetos se situó de pronto frente a él. Mientras lo hacía, se colgó del cuello una especie de caja oblonga, de unos doce centímetros de largo, por ocho de anchura y la mitad de grueso. De los costados de la caja salían dos cables, que conectó a los auriculares.

El hombre habló. Akrim no percibió los sonidos, pero pudo leer las preguntas en la superficie delantera de la caja, que se iluminó a modo de una pequeña pantalla de TV.

—Le han dado una dirección. Facilítela. Puede hablar; nosotros captaremos sus respuestas.

—No sé de qué me habla —respondió Akrim—. Tampoco sé por qué estoy aquí. Exijo ser puesto en libertad inmediatamente.

Con gran asombro suyo, se dio cuenta de que sus palabras, que eran pronunciadas por el método oral ordinario, aparecían en un sector de la pared transparente, situado frente a él y del tamaño de la caja comunicadora del sujeto que le hablaba. Naturalmente, veía las letras al revés, puesto que el otro necesitaba leer sus contestaciones.

—Le rogamos medite nuestra petición —dijo el sujeto—. De este modo, se ahorrará graves quebrantos.

—No sé nada, insisto. Pido ser puesto en libertad; es todo cuanto puedo decir —habló Akrim.

El sujeto le miró fijamente durante unos segundos. Luego se echó a un lado y movió la mano.

Los dos individuos que le habían traído allí, continuaron el suplicio. Akrim vio que la pobre mujer abría la boca, lanzando unos aullidos espantosos… supuso que eran espantosos, porque no percibió ningún sonido.

—Esa mujer es su cómplice —dijo el hombre gráficamente—. No nos quiere dar la dirección. Fíjese en lo que le está sucediendo y tome nota para cuando le toque el tumo a usted. Ella se ha negado ya y seguiremos torturándola hasta que hable o muera.

—¡Es inocente! —aulló Akrim—. ¡Jamás la he visto! ¡Suéltenla, miserables!

El hombre no se inmutó. Los sicarios continuaban sus torturas, dotados de unos cuchillos afiladísimos, con los cuales practicaban largas incisiones en el tórax, vientre y costados de la mujer. No eran heridas mortales, aunque sí dolorosísimas.

La sangre fluía en menudos arroyuelos por los flancos de aquel cuerpo torturado, goteando hasta el suelo, en donde ya formaba un regular charco. Ella continuaba retorciéndose epilépticamente, sujeta ahora también por los tobillos, sin que los dos verdugos parecieran inmutarse por sus sufrimientos.

Akrim cerró los puños, clavándose las uñas en las palmas de las manos. No, no podía hablar; una vida humana era un precio irrisorio para lo que él sabía. La desgracia de la pobre mujer había sido pararse a criticar su pobreza. Pero, ¿qué pasaría si encontraban a la chica de los cabellos amarillos?

Los atormentadores suspendieron por un momento su macabra tarea. Uno de ellos se acercó a una de las paredes y descolgó lo que parecía un cable eléctrico, del grueso de un dedo pulgar, terminado en un extremo metálico de forma troncocónica muy alargada, muy brillante. Situándose a tres pasos de la mujer, presionó algún resorte que Akrim no pudo ver.

Una chispa eléctrica —al menos tenía esa apariencia— saltó del extremo del cable, zigzagueó en el aire y alcanzó el costado izquierdo de la mujer. Ella se retorció agónicamente, mientras de aquel costado lacerado brotaban débiles columnitas de humo de la

carne quemada.

Akrim se acorazó contra aquel espectáculo. No, no debía ceder en absoluto, so pena de poner en peligro el trabajo de años enteros y la seguridad de millones de personas. Pero se prometió que, si un día salía de aquel antro de muerte, haría pedacitos, con sus propias manos, a aquella cuadrilla de vándalos.

El cuerpo de la mujer resultó sacudido de pronto por una terrible convulsión. Sus facciones se desencajaron, su boca se torció a un lado y, tras unos segundos de horribles espasmos, la cabeza se venció hacia delante.

Akrim entendió que el corazón de la víctima había fallado. La muerte, más piadosa, había venido a liberarla de sus atroces sufrimientos.

Furioso, el verdugo, paseó el rayo eléctrico por la cabeza de la mujer. Los cabellos ardieron instantáneamente, con súbita llamarada.

El hombre de la pantalla comunicadora so puso frente a él de nuevo.

—Ya ha visto lo que le ha pasado a su cómplice —dijo gráficamente—. Le doy un minuto exacto para que conteste.

Akrim se sintió cubierto de sudor de pies a cabeza. ¿Iba a hablar, después de haber tolerado que muriese aquella mujer que no tenía nada que ver con su asunto?

El hombre se comunicó de nuevo con él.

—Con la mujer hemos empleado métodos digamos clásicos. Tenemos otros, mucho peores y, por tanto, más eficaces.

Akrim contestó:

—Puede ahorrarse el plazo que me ha dado. ¡Cuando guste!

El hombre retrocedió dos pasos. Levantó una mano.

Un breve destello luminoso indicó a Akrim que la pared había desaparecido. Hacia arriba, a los lados o hacia abajo, no podía asegurarlo.

Los dos verdugos avanzaron hacia él, con una expresión asesina pintada en sus rostros de granito. Akrim cerró los puños, aprestándose a la defensa.

No se dejaría torturar como un camero indefenso.

De repente, sonó un agudo grito:

—¡Akrim!

El joven levantó los ojos. Al otro lado de la estancia, surgiendo en ella como por arte de magia, estaba la chica del pelo amarillo y la piel canela.

Los otros volvieron la cabeza.

—¡Al suelo, Akrim!

Akrim obedeció sin vacilar la orden. Ella tenía en la mano una pistola de luz sólida.

Mientras se lanzaba a un costado, un resplandor intolerable llenó la estancia. El dardo de luz, de unos tres centímetros de grueso, se paseó por todo el ámbito de la estancia, a la altura del vientre de una persona. Cada vez que tocaba a uno de los hombres, lo atravesaba de lado a lado, causándole dos horribles orificios negruzcos y derribándole fulminado al suelo.

En cinco segundos, todos los sujetos que había allí, quedaron eliminados.

Akrim se puso en pie. Todavía no podía creer en su buena suerte.

La chica del pelo amarillo movió la mano.

—Ven —dijo.

Akrim obedeció, esquivando los cuerpos caídos en el suelo, retorcidos en posturas inverosímiles. No era la primera vez que veía a un hombre muerto por los efectos de una descarga de luz sólida, pero nunca le había parecido un espectáculo agradable de contemplar.

Se acercó a la muchacha.

—Me llamo Fanella —se presentó—. ¿Has dicho algo?

—No —contestó Akrim—. Gracias por tu intervención. Estaban a punto de torturarme.

Fanella miró a la mujer muerta.

—¿Por qué la trajeron aquí?

—Se me acercó a la esquina donde estaba parado y me habló unos momentos. Dijo que debía buscar trabajo en los campos de «quimfer» y yo le respondí que era ciego. Ella dijo que me devolvieran a mi lugar de procedencia y continuó su camino. Estarían observándome y creyeron que me transmitía tu contraseña.

—Ha sido una lástima, pero también una suerte —comentó Fanella brevemente—. Vámonos.

—Sí. Espera un momento.

Akrim retrocedió vinos pasos y buscó al hombre que le había

hablado a través de la pantalla comunicadora. Afortunadamente, el disparo de luz sólida había respetado el aparato.

Le despojó de los auriculares y de la pantalla, así como de las conexiones.

—Convendría que los estudiasen nuestros expertos —sugirió.

—Está bien —aprobó Fanella.

La chica no había pasado a través del muro, como había supuesto él. Simplemente, había una puerta, muy bien disimulada, que Fanella abrió, presionando el mando de apertura situado al lado.

Pasada la puerta, había un disco elevador que les subió a una altura de dos pisos, aproximadamente. Salieron a una habitación casi desprovista de muebles, excepto una mesa suspendida del techo por dos delgados cables metálicos y un par de sillas.

El cinturón con la pistola y los demás objetos personales estaban sobre la mesa, intactos, al parecer. Akrim los recobró, con un suspiro de alivio. El afán de saber el contenido del mensaje recibido les había hecho retrasar el momento del análisis.

Salieron fuera, al aire libre, en medio del campo. Akrim percibió vagos efluvios agridulces de la hierba «quimfer», lo cual le dijo que debía haber en las inmediaciones un campo de cultivo de la misma. Pero los árboles que le rodeaban, en todo caso, le impidieron ver la plantación.

El primer sol del planeta asomaba ya por el horizonte. Akrim se asombró del tiempo que había pasado en aquella casa. Una tarde y una noche.

—Sígueme —ordenó Fanella.

Akrim obedeció sin rechistar. Fanella se había recogido los largos cabellos claros en una especie de rodete sobre su nuca. El traje seguía siendo el mismo, salvo que ahora llevaba un cinturón con pistola.

Caminaron durante un cuarto de hora, hasta abandonar la zona de vegetación. El segundo sol estaba ya por encima del horizonte y el tercero empezaba a asomar su disco, cuando alcanzaron una acera rodante.

—¿Adonde vamos? —preguntó él.

—A mi casa, a la dirección que te di en la moneda —respondió Fanella sin vacilar.

—¿Qué es lo que hemos de hacer allí? ¿Tienes alguna orden para

mí?

—No, por el momento. Cuando llegue el jefe, conoceremos nuestras nuevas instrucciones.

CAPÍTULO III

La Rotonda 400 era una vasta plaza circular, en la cual confluían una docena de grandes avenidas. Estaba compuesta por una serie de grandes edificios cilíndricos, capaces cada uno de ellos para cuatrocientas familias, pero de seis pisos de altura, tónica que era dominante en la arquitectura de la ciudad. Como las demás vías públicas, la Rotonda estaba llena en los lados de vehículos estacionados junto a las aceras, intactos y brillantes, como si hubiesen salido de fábrica el día anterior, y no llevasen allí cerca de dos siglos.

La casa de la muchacha estaba en el primer piso. Cuando entraron en ella, Akrim se descargó de todo cuanto llevaba bajo el blusón, depositándolo sobre una mesa.

—Allí tienes el baño —indicó Fanella—. Mientras tanto, te prepararé algo de comer. ¿Tienes alguna preferencia?

—Que sea comida —rio él brevemente.

Akrim se aseó rápidamente. Cuando salió, Fanella ya le había dispuesto el desayuno: un vaso de leche, otro de caldo y un plato con dos cuadrados de lo que llamaban carne. No era, pero lo parecía y tenía su gusto, además de su textura. También era suministrada por la dispensadora automática de alimentos.

Comió con buen apetito, buscando apartar de su mente las terribles escenas que había presenciado. Al terminar, Fanella le preguntó si quería una taza de «quimfer».

—No —rechazó Akrim—. No dudo de su bondad, pero nunca me agradó su sabor. Además, todavía soy joven para necesitar de sus... beneficios.

—Todo consiste en acostumbrarse —manifestó Fanella sosegadamente—. Es como el antiguo tabaco; creo que los primeros cigarrillos sabían horriblemente, hasta que el fumador se habituaba y le parecían gloria pura. A mi me gusta la hierba «quimfer».

Fanella se tomó una taza de la infusión, cuyo peculiar olor agridulce hirió de nuevo la pituitaria del joven. Al terminar, dejó la taza a un lado.

—¿Viste funcionar este aparato? —preguntó ella.

—Sí. El hombre que lo tenía hablaba... si se puede hablar

moviendo los labios. Sus palabras aparecían gráficamente en la pantalla.

Le explicó cómo lo había usado el sujeto. Fanella se colocó el casco, ajustándose los auriculares sobre sus oídos.

—Es curioso —dijo—. No oigo nada en absoluto.

—¿Cómo dices? —preguntó él, sorprendido.

—¡Que no oigo ningún sonido!—gritó la muchacha.

Akrim respingó. Tampoco él oía la voz de Fanella. ¿Qué diablos pasaba allí?

Por señas le ordenó quitarse los auriculares, comprendiendo parcialmente que el secreto estaba en el casco. Fanella obedeció y su rostro expresó un risible alivio.

—Es curioso —dijo—. Con este casco puesto, no oía nada en absoluto. Era como si hubiesen suprimido el sonido en toda la redondez de Barmeel.

—Lo verdaderamente curioso es que yo tampoco percibía los sonidos de tus palabras —contestó Akrim.

Fanella le miró muy sorprendida.

—¿Es cierto eso que me dices? —preguntó.

—Absolutamente. Verás...

Akrim se colocó el casco. Toda sensación de sonido desapareció instantáneamente.

—¿Me oyes ahora? —preguntó, elevando mucho la voz.

—No. En absoluto.

Era curioso, pensó Akrim. Él tampoco se oía a sí mismo, ni siquiera, lo que hubiese podido parecer más lógico, percibir los propios sonidos en el interior de su cráneo. Nada de eso sucedía.

Se quitó el casco.

—Todos llevaban uno igual —dijo Fanella—. Me pregunto por qué.

Akrim señaló la pantalla comunicadora.

—Sólo uno tenía este aparato —dijo.

—¿Cómo funciona?

—Voy a intentarlo.

Akrim se colocó el casco, colgándose luego la pantalla del cuello. A continuación, insertó las terminales da los cables de conexión en los diminutos orificios que tenían los auriculares en el sitio adecuado.

—¿Ves algo ahora en la pantalla? —preguntó.

Los ojos de Fanella se dilataron. No oía en absoluto la voz del joven, pero podía leer perfectamente sus palabras.

—No. Sólo leo lo que dices —contestó.

—¿Cómo? —preguntó él.

Fanella repitió la respuesta. Akrim apretó los labios.

Se quitó el casco.

—Tú lees lo que yo digo, pero yo no te oigo en absoluto. Necesitarías tener otro aparato igual, para comunicarte conmigo en igualdad de comunicaciones.

Hubo una pausa de silencio, mientras Fanella analizaba las palabras de su interlocutor.

—¿Quieres decir —murmuró— que «ellos» emplean para entenderse entre sí este método de comunicación?

—Mucho me temo que sí —respondió él—. Cuando estaba en la sala de tortura, sin embargo, sólo uno de ellos, su jefe, al parecer, lo utilizó para entenderse conmigo.

—¿No les daba órdenes a sus subordinados?

—Le bastaba mover una mano. Por lo visto, les tenia bien instruidos.

Fanella se sentía perpleja.

—Déjame probar a mí —pidió. Y cuando se hubo colocado el casco y la pantalla en la forma adecuada, preguntó—: ¿Lees ahora mis palabras?

Akrim movió la cabeza afirmativamente. Agitó la mano, indicándole que siguiera hablando. Fanella pronunció unas cuantas frases, todas las cuales resultaron perfectamente legibles para el joven, pero en modo alguno captó sonido de ninguna clase.

Fanella se despojó del casco y contempló ambos aparatos con singular admiración.

—¿Qué clase de hombres —preguntó construyeron estos cacharros?

Akrim se encogió de hombros.

—No lo sé. Pero fueron unos seres capaces de construir ciudades que, al cabo de doscientos años, continúan intactas, y no sólo eso, sino que sus dispensadoras de alimentos, funcionan como el primer día. Basta echar una moneda adecuada, conocer lo cual nos costó bastantes años de estudios e investigaciones, para obtener la ración

alimenticia deseada. Naturalmente, son alimentos al gusto de ellos, pero no demasiado diferentes de los que conocieron nuestros antepasados… y que todavía se importan hoy de la Tierra, a peso de oro, claro está.

—Sin embargo —musitó Fanella muy pensativamente—, nadie ha conseguido hacer andar sus automóviles. Bueno, les llamamos automóviles por la costumbre, pero no se parecen a un automóvil terrestre convencional en absoluto.

—Éste es otro de los misterios que me desvelan. La ciudad, cuando llegaron las primeras avanzadillas terrestres, se hallaba en estado de perfecta habitabilidad, como se halla hoy día. Los alimentos fueron preparados hace doscientos, quizá muchos más años, y no llevan trazas de agotarse siquiera. Solucionar este enigma ha enviado al manicomio a cientos de físicos, biólogos, arqueólogos e investigadores de todas clases, pero no se ha conseguido nada en estos dos siglos.

Fanella movió la cabeza afirmativamente.

—Nos hallamos en el mismo caso del salvaje que, por casualidad, encontrase un avión en buen estado y consiguiese hacerlo despegar. Le funcionaría, pero no sabría en qué estaba basada su maquinaria, ni qué la hacía marchar… ni siquiera conocería los rudimentos de la aerodinámica. Y, sin embargo, volaría. —Fanella sonrió agradablemente—. Bueno, a fin de cuentas, eso es lo que le pasó al hombre con el caballo durante milenios. Sabía que era un animal que le obedecía, pero desconocía incluso que tenía venas y arterias por las cuales circulaba la sangre.

—Pero ahora estamos ya en el camino de descubrirlo todo —dijo Akrim—. Y es que los habitantes de la ciudad olvidada han empezado a dar señales de vida.

—Unas señales muy poco amistosas, todo es preciso decirlo —comentó Fanella.

Hubo un momento de silencio. De pronto, la luz se encendió y apagó varias veces.

—El jefe —exclamó Fanella.

Akrim agarró su pistola.

—Yo no me fío —dijo.

—Es una lástima que la llamada sea igual en todas las casas —sonrió Fanella—. En la Tierra, uno, con los timbres ordinarios,

puede hacer una señal convenida. Aquí, cuando llaman, no se sabe si es amigo o enemigo.

—Si es amigo, no le arriendo la ganancia —dijo él duramente, apuntando el arma hacia la puerta.

La chica se levantó y caminó hacia la entrada. Manejó el mando de apertura y la puerta se deslizó a un lado. Ella, precavidamente, se había quitado del campo de tiro de Akrim.

Un hombre apareció en el umbral. Era de mediana estatura, ancho de hombros y de mandíbula cuadrada. Tenía una mata de pelo gris que parecía un cepillo de barrer el suelo y sus ojos parecían magnetizar a quienes miraban.

—Hola, Fanella —dijo con voz baja y profunda—. ¿Akrim?

—Encantado, jefe —contestó el joven—. Y perdone las precauciones.

—Me disgustaría si no las observases —respondió el jefe Colston fríamente al tiempo de cruzar el umbral—. Fanella, prepárame una taza de «quimfer».

—Al momento, jefe.

Colston se sentó frente a Akrim. Su perspicaz mirada captó al momento los aparatos que había sobre la misma. Sin embargo, se abstuvo de formular ninguna pregunta.

Fanella vino a poco con una taza humeante, cuyo contenido sorbió Colston en un par de tragos.

—¿Y bien? —dijo.

—Akrim ha estado prisionero de los… de «ellos» —declaró Fanella rápidamente.

Colston volvió la cara hacia Akrim.

—Informe —dijo parcamente.

Akrim relató todo cuanto le había pasado, a partir del momento en que los desconocidos le secuestraron en su apartamento. Fue un informe detallado y minucioso, en el que, sin embargo, no se empleó, ni una sola palabra inútil.

Al terminar, Colston permaneció unos minutos en silencio, como si desmenuzase mentalmente la narración que acababa de escuchar. De pronto, inquirió:

—Descríbame a la mujer torturada.

—Yo diría —respondió Akrim—que tenia unos cuarenta y cinco años, rostro agraciado, pelo negro no muy largo… —miró a Fanella

—. Como la mitad del de Fanella, jefe. Ojos oscuros, nariz ligeramente aguileña y… Ah, sí, una mancha rojiza, como una señal de nacimiento en la articulación del hombro izquierdo, hacia delante. La mancha tenia el tamaño de una moneda de tres diñares y medio.

Los ojos del jefe relampaguearon, a la vez que su amplio torso se dilataba en una profunda inspiración. Súbitamente, se puso en pie y caminó hasta la ventana más próxima, donde quedó con las manos a la espalda y los dedos entrelazados nerviosamente.

Akrim y Fanella se contemplaron mutuamente durante unos segundos, sorprendidos de la inesperada acción del jefe. Al cabo de un rato, Colston se volvió hacia ellos.

—Esa mujer… era mi esposa —dijo roncamente.

CAPÍTULO IV

Fanella dejó escapar una exclamación. Akrim juntó las mandíbulas con fuerza.

—Lo siento, jefe.

Fanella se puso en pie.

—Le traeré una taza de «quimfer» —ofreció.

—No —cortó Colston—. Bueno..., un par da hojitas para chupar.

—Sí, jefe.

La chica volvió momentos después con un plato lleno de hojitas de la hierba. Colston tomó dos o tres y se las puso en la boca.

—Akrim —ordenó—, cuénteme todo lo que sepa de mi esposa. Empezando por el momento en que la vio por primera vez en la calle.

Akrim obedeció. De súbito, al llegar a un punto de su narración, Colston le interrumpió.

—Ella le dijo que en los campos de «quimfer» se necesitan operarios y que debía pedir un empleo, ¿no es así?

—Si, señor.

Colston se puso a pasear por la habitación a grandes zancadas.

—No hay duda de que averiguó algo muy importante. —Miró al joven de pronto—. Ella sabía que usted estaría allí apostado y que repetiría cuanto ella le dijera. Sí —añadió con gran vehemencia—, parte de nuestro objetivo, si no todo, está en los campos de «quimfer»...

—¡Cielos, jefe! —exclamó Fanella—. ¡Hay millones y millones de hectáreas sembradas de la hierba! Además, cualquiera puede acotar un terreno y sembrarlo de «quimfer». Eso es como si dijesen, hablando de la Tierra, «en los campos de trigo».

Colston miró a la muchacha.

—Si, lo sé, pero Celia... perdón, mi esposa, averiguó algo. Si al menos supiéramos la ubicación del campo de «quimfer» a que se refería, tendríamos mucho ganado. ¿No le dijo ninguna cifra, Akrim?

—No, señor. Sólo lo que ya le he dicho.

De nuevo sobrevino otra pausa de silencio.

—Akrim —dijo Colston de repente—, usted ha sido educado para

aprenderse de memoria, visual y auditivamente, cuanto cae dentro de su campo de observación. Repítame exactamente las palabras que le dijo mi esposa. Fanella, papel y lápiz, por favor.

—Sí, jefe —contestó la muchacha.

Colston se sentó frente a Akrim cuando Fanella le hubo entregado el papel y el lápiz.

—Hable, muchacho.

—La mujer… perdón, su esposa, me dijo: «En los campos de «quimfer» se necesitan operarios. ¿Por qué no pide un empleo». Después…

—Espere un momento —atajó Colston, quien estaba contando las letras de las palabras que había transcrito—. La primera frase tiene cuarenta y dos signos gráficos, incluyendo las comillas de «quimfer». La segunda… veintidós, incluyendo los signos de interrogación.

Mordisqueó el lápiz unos instantes.

—¿Qué más le dijo, Akrim?

—«Pues que le devuelvan al sitio de donde vino» —repitió Akrim.

Colston contó las letras.

—Treinta y siete. Claro que —añadió— es una frase que puede interpretarse con o sin signos de admiración; en este caso, serían treinta y nueve signos gráficos.

Se puso en pie de súbito.

—Continúen aquí hasta que reciban nueras instrucciones. No tardaré mucho en dárselas, un día o dos como máximo. Mientras tanto, no abandonen este apartamento por nada del mundo.

—Sí, señor.

Colston reparó en la pantalla comunicadora y el casco con los auriculares.

—Me los llevaré para que los examinen los expertos y, en su caso, los reproduzcan.

—Sí, jefe. —Akrim se puso en pie para acompañar a Colston hasta la puerta—. ¿Jefe?

Colston le miró.

—Diga, Akrim.

—Siento lo de su esposa —murmuró el joven—. Si… si puede servirle de consuelo, le diré que fue una mujer valerosa y que no habló.

El rostro del jefe se demudó un instante.

—Gracias, muchacho —contestó. Y salió con paso rápido de la estancia.

Akrim y Fanella se quedaron solos.

—Ha sido una sorpresa saber que la señora Colston estaba también metida en este asunto —murmuró ella.

—Realmente, los agentes del jefe no nos conocemos mutuamente —comentó Akrim—. Prácticamente, puede decirse que, al conocerte a ti, he entrado por primera vez en contacto con un agente de Colston.

—Y el contacto no ha sido en circunstancias muy agradables —sonrió ella.

—Espero que lo sean más en lo sucesivo —manifestó Akrim, provocando un repentino aflujo de sangre a las tostadas mejillas de la chica.

Hubo una corta pausa de silencio. De pronto, Fanella, desviando la conversación, que amenazaba tomar cauces personales, dijo:

—«Ellos» se han vuelto muy audaces. Incluso dos circularon por las calles con los auriculares puestos. ¿Cómo es que no se extrañó la gente al verlos?

—Fanella —dijo Akrim sentenciosamente—, en la ciudad se ven hoy día las vestimentas más disparatadas y nadie se extraña de ello.

—Sí, pero a ti te hicieron perder el conocimiento y te llevaron a aquella casa, situada muy lejos de la ciudad. ¿Cómo lo consiguieron, sin llamar la atención?

Akrim reflexionó unos momentos.

—Tal vez durmieron sólo mi mente, pero no mi cuerpo —dijo.

—Y, habiendo dormido tu mente, ¿no fueron capaces de extraerte, por simple hipnotismo, la información que buscaban?

—No lo sé —contestó él desanimadamente. Se sentó en la mesa y empezó a juguetear con las hojas de «quimfer»—. Esta ciudad ha sido siempre un misterio, como todas las de Barmeel. Pero, en los últimos tiempos, el enigma se ha hecho más acentuado. Los primeros exploradores encontraron la ciudad absolutamente desierta. ¿Es que ahora quieren ocuparla de nuevo sus antiguos moradores?

* * *

BREVE HISTORIA DE LA CIUDAD OCUPADA

En el año 2.477 del cómputo terrestre, la astronave «Oceanic», al mando del capitán Viktor Barmeel, llegó a un planeta deshabitado, tipo Tierra, del cual tomó posesión inmediatamente.

Los exploradores de la «Oceanic» descubrieron restos de una civilización antiquísima y floreciente, pero ni un ser viviente, al menos con apariencia e inteligencia humanas. Las ciudades, enormes, ocupando vastísimas extensiones de terreno, se hallaban absolutamente deshabitadas, aunque en perfecto estado de conservación y de todos sus servicios. Los arqueólogos y antropólogos dedujeron que habían estado habitadas por seres de conformación y anatomía semejantes a las humanas, pero no se encontró el menor rastro de ninguno de ellos, ni vivos ni muertos. No había cementerios, imágenes pintadas o fotografiadas, nada, en fin, que pudiese dar una idea siquiera aproximada de cómo eran los hombres que habían construido aquellas ciudades.

Se suponía que, en medio de todo, su civilización debía ser muy parecida a la terrestre, por un detalle muy importante: usaban monedas como medio de pago e intercambio. Todos los servicios funcionaban a la perfección: agua, luz y suministro de alimentos, de los que cada apartamiento tenía su mecanismo particular, para hacer funcionar el cual era preciso arrojar en la ranura la moneda o monedas correspondientes. Los métodos de desplazamiento eran dos: aceras deslizantes —y ascensores para el interior de las casas, curiosamente sin escaleras— y vehículos terrestres, que se suponía eran automóviles pero que, extrañamente, nadie logró jamás poner en movimiento.

El planeta recibió el nombre de Barmeel, en honor del capitán de la «Oceanic», y su descubrimiento causó gran sensación. Numerosas expediciones fueron enviadas desde la Tierra, a fin de poblarlo, dada su relativa proximidad. Y así como en la antigüedad se construían naves que

surcaban los mares primero y el espacio aéreo después, se provocó una construcción masiva de astronaves, que transportaron millones de terrestres que querían emigrar a un planeta, cuyas condiciones de habitabilidad eran tan favorables. En doscientos años, a partir del aterrizaje de la «Oceanic», se repobló Barmeel casi totalmente.

Pero dos siglos más tarde, empezaron a producirse ciertos disturbios que indicaron a las autoridades que gobernaban a Barmeel, que sus antiguos habitantes pretendían volver al planeta. Esto no hubiera tenido nada de particular y aun se decidió contemporizar con ellos y establecer relaciones fructíferas, a fin de que ambas razas —si de razas puede hablarse— convivieran pacíficamente. No obstante, los antiguos barmeelianos dieron señales de querer desalojar a los actuales ocupantes por la fuerza. Entonces, el Servicio Secreto empezó a actuar para investigar el origen de aquellas manifestaciones de violencia, la procedencia de los hombres que las causaban y sus verdaderas intenciones.

Al cabo de dos años se había avanzado muy poco…

CAPÍTULO V

Colston apareció dos días más tarde, cuando ya loa nervios de la pareja estaban a punto de estallar.

El jefe traía un papel en la mano. Fanella y Akrim se sentaron junto a él.

—Bien —dijo—, ya hemos averiguado algo, no mucho, pero sí lo suficiente para actuar.

—Hable, jefe —pidió Akrim, ardiendo de impaciencia.

—Fanella acaba de convertirse en la propietaria del campo de «quimfer» número cuarenta y dos, sección veintidós, área treinta y siete. El área treinta y nueve, que guardamos en reserva, ya recordarán que la última frase que pronunció mi esposa, puede entenderse con o sin signos de admiración, queda a diez kilómetros y medio al Este.

—Muy bien—dijo la muchacha—. ¿Qué más?

—Akrim irá a pedirle trabajo. Usted se lo dará. Eso es todo.

Los dos jóvenes guardaron silencio durante unos momentos.

—¿Hay trabajadores en el campo cuarenta y dos? —preguntó ella.

—Una docena —respondió el jefe—. En el área treinta y nueve hay setenta. El meollo del asunto está en uno de los dos sitios. Descúbranlo.

—¿Cuándo debo partir? —preguntó Fanella simplemente.

—Mañana sin falta. Usted, Akrim, llegará la semana próxima. No conviene levantar sospechas.

—¿Tiene usted allí algún agente suyo? —quiso saber Akrim.

—Eso es algo que no diré —respondió Colston—. Con ustedes dos y en gracia a las circunstancias, he hecho una excepción, pero mi norma es que mis agentes no se conozcan entre sí.

—Muy bien, entonces, no se hable más.

El jefe depositó sobre la mesa un grueso sobre de forma rectangular.

—Su documentación y títulos de propiedad del campo de «quimfer», Fanella. —La voz de Colston se endureció—. No me interesan muertos, sino vivos, recuérdenlo bien.

—Se hará lo que se pueda —prometió el joven.

—Una pregunta, jefe —exclamó Fanella, viendo que Colston daba señales de marcharse.

—Habla, muchacha.

—¿Qué ha averiguado de los aparatos que se llevó?

—Los expertos siguen con ellos. Es todo cuanto puedo decir.

—Muy bien. ¿Medios de comunicación?

—Clave Tres Zeta. Pero empléenla sólo en casos muy excepcionales.

—Está bien, jefe.

Akrim le acompañó hasta la puerta. Colston se volvió.

—Buena suerte, muchachos —deseó sinceramente.

—Gracias —contestaron Akrim y Fanella a dúo.

Nuevamente se quedaron solos. Fanella abrió el sobre con gesto pensativo y examinó los documentos que había en su interior.

—Bueno —suspiró—, jamás me hubiese imaginado yo que iba a convertirme un día en cultivadora de «quimfer».

Akrim hizo una mueca.

—Hubiese preferido verte cultivadora de lúpulo y cebada.

Ella le miró extrañada. Akrim, sonriendo, agregó:

—Cerveza, querida.

Fanella sonrió también.

—Afortunadamente, tenemos fábricas enteramente terrestres que construyen aparatos que no se hallaban ya construidos aquí. Entre ellos, refrigeradores con latas de cerveza dentro. Bueno —rio argentinamente—, las latas son hechas aparte.

—Tráeme una muestra de medio litro, ¿quieres?

—¡Ansioso!—le apostrofó ella en tono afectuoso.

Fanella se dirigió a la cocina y regresó con una lata y el abridor, que entregó al joven. Akrim agarró la lata con una mano y la llave con la otra, y se dispuso a abrirla. Pero colocó mal la llave y ésta resbaló sobre el metal de la tapa.

Fanella lanzó de repente un agudo chillido, a la vez que se llevaba ambas manos a los oídos.

Akrim se volvió, sobresaltado.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

—Ese horrible chirrido…

Fanella había palidecido, a la vez que su respiración se había agitado fuertemente. Su esbelto seno subía y bajaba rápidamente.

Akrim miró la lata y la llave que tenía en las manos.

—Lo siento —dijo —, se me escapó. Si —añadió—, es un sonido crispante.

Abrió la lata y empezó a beber cerveza. Estaba fría y tenía un sabor exquisito, pero a Akrim no le supo tan bien como había esperado.

Tenía motivos para sentirse preocupado, porque la llave no había hecho apenas ruido al resbalar sobre el metal de la tapa.

* * *

BREVE HISTORIA DE LA HIERBA «QUIMFER»

Una vez que las primeras expediciones de terrestres hubieron llegado a Barmeel, atraídas por las increíbles noticias facilitadas por los tripulantes de la «Oceanic», se inició la colonización del planeta, si se puede llamar colonización al hecho de ocuparlo sencillamente y habitar sus casas vacías. Entonces, los investigadores hallaron que los anteriores habitantes de Barmeel no utilizaban ninguno de los medios de comunicación habituales entre los terrestres: radio, teléfono o visoteléfono. Siendo, como era, una civilización adelantadísima, extrañó mucho no encontrar rastros de manifestaciones artísticas: escultura, pintura y música, por ejemplo. En todos los tiempos, los seres humanos han sentido la necesidad de hacer ruido, bien para comunicarse, bien para propia distracción. El primer instrumento de música, aparte de la propia voz humana y el batir de palmas para acompañar los cánticos religiosos o rituales, fue el tronco hueco de un árbol. Del tam—tam se llegó, a través de milenios, a las grandes orquestas sinfónicas. En Barmeel no se halló nada que indicase que sus anteriores habitantes conocieran la música.

Uno de los primeros problemas —relativo— con que los conquistadores de Barmeel se enfrentaron fue con el de las bebidas alcohólicas o no. Prácticamente, tenían la existencia resuelta con las dispensadoras de alimentos, y

asimismo había agua en abundancia, pero, naturalmente, en las primeras épocas, las bebidas de otra clase escasearon, por no decir que faltaron totalmente. El café y el té eran infusiones que se echaban mucho a faltar.

En 2.493, Andrés García, descubrió una hierba que tenia cierto parecido con el café. Después de probarla en crudo y hervida, llegó a la conclusión de que podía ser un buen sustitutivo del café que tanto añoraba. Era fácil de cultivar y necesitaba muy pocos cuidados.

García dio a la hierba el nombre de «quimfer», basándose en los análisis químicos que hizo de la misma y en la, relativamente, elevada proporción de hierro que contenía. La «quimfer» tiene un gusto agradable, agridulce y puede tomarse en grandes cantidades, sin correr ciertos riesgos, como suele suceder con el café en ocasiones, en que un exceso de su alcaloide, la cafeína, puede causar trastornos en el sistema nervioso. Con el «quimfer» no ocurría nada parecido y, además, era tónica y estimulante, pero no excitaba ni quitaba el sueño.

Sucesivamente, las pruebas de laboratorio hallaron otras virtudes de la hierba «quimfer.» Al cabo casi de un siglo de su uso, se descubrió que la vida humana se había prolongado en un quince por ciento más del promedio. Ahora, no es difícil encontrar en Barmeel personas llenas de vigor y energía a los cien años.

Las virtudes rejuvenecedoras de la hierba se comprobaron recientemente en las pruebas de laboratorio realizadas con cobayas sometidos a la acción del acelerador temporal. Sujetos experimentales que, dentro de dicho acelerador, nacían, crecían, se desarrollaban y morían en el breve transcurso de pocos días, demostraron adquirir una resistencia a los efectos de la aceleración temporal superior en un veinte por ciento a lo normal, y, en ocasiones, alcanzaron hasta el treinta y cinco por ciento, después de haberles sido administradas diversas dosis de la infusión de «quimfer». Un par de cobayas, cuya vida normal, dentro del acelerador temporal, hubiera durado solamente seis días, alcanzaron una

existencia de casi dos días más.

Pero éste fue un caso excepcional. El promedio de alargamiento de la vida es hoy día de un veinticinco por ciento.

Naturalmente, dadas las virtudes de la hierba, su cultivo se extendió rapidísimamente. Las astronaves que continuamente llegan a Barmeel cargadas de emigrantes, regresan con las bodegas y camarotes atiborradas de la hierba —realmente, no es un nombre adecuado, pero se le llamó así desde un principio y el nombre continúa usándose por inercia—, que es solicitadísima en la Tierra y demás planetas habitados del Sistema Solar.

Una curiosa peculiaridad de la hierba «quimfer» es que su aclimatación no ha sido conseguida jamás fuera de Barmeel…

* * *

Faltaban ya pocos días para que Akrim abandonase el apartamiento de Fanella.

Akrim se aburría soberanamente dentro del apartamiento. Había unos pocos libros, que ya se sabia de memoria, pero no había TV y las transmisiones de radio de la estación local eran más bien monótonas. Se hablaba de que en los próximos viajes llegarían los elementos necesarios para montar una estación de TV, y se empezaría a levantar una planta de fabricación de receptores, pero hasta el momento, no eran más que rumores en la imaginación de las gentes, ansiosas de un poco de distracción.

Se paseó nerviosamente por la estancia. Curioso mundo Barmeel, donde sus habitantes carecían de todo medio representativo de imágenes, así como de comunicación por los sonidos.

De repente, se le ocurrió una idea que le dejó muy pensativo.

¿Eran —o habían sido— ciegos y sordos?

Ciegos, no, pues que usaban una pantalla comunicadora. Había visto sus ojos bien y se había dado cuenta de que sabían y podían utilizarlos.

Pero, sordos…

Quizá no lo eran en un sentido estrictamente terrestre, sino que, simplemente, tenían atrofiado el nervio auditivo y, por tanto, eran

incapaces de captar el menor sonido.

Debía tratarse de alguna incapacidad congénita, hereditaria, común a todos los barmeelianos.

El descubrimiento le produjo una cierta satisfacción. Por fin, había llegado a saber algo que podía permitirles avanzar en sus investigaciones. Hablaría con Fanella...

La luz osciló de repente.

CAPÍTULO VI

Akrim miró hacia la puerta. ¿Era Colston?

Desenfundó la pistola y la dejó sobre la mesa, oculta bajo una servilleta. Mientras avanzaba hacia la puerta, preparó su mente.

Abrió. Dos sujetos con casco y auriculares, muy parecidos a los que ya había visto en una ocasión, estaban frente a él.

Blindó su mente, parando el golpe que le dirigían los otros, posiblemente con un impacto telepático. Sin embargo, sintió en su frente un leve choque que le causó un leve mareo.

Los sujetos se quedaron asombrados al ver que Akrim permanecía en pie. El joven aprovechó la ocasión y, dando un salto hacia atrás, empuñó la pistola.

—¡Quietos! —ordenó. No estaba seguro de que le oyeran, pero, al menos, esperaba que los otros supieran interpretar su gesto.

Los visitantes se quedaron inmóviles. Akrim movió la mano izquierda significativamente.

—Vamos, adentro.

Ellos obedecieron, con el temor pintado en sus rostros. Era evidente que conocían los mortíferos efectos de las pistolas de luz sólida.

—Allí —indicó el joven.

Dio un pequeño rodeo y llegó hasta la puerta, cerrándola. Se felicitó interiormente. Había hecho dos prisioneros.

—Fuera los cascos —ordenó, con la voz y los ademanes.

Los visitantes retrocedieron. Akrim levantó la mano, apuntando rectamente a uno de ellos.

—Si no te lo quitas, dispararé —amenazó.

El rostro del sujeto aparecía cubierto de una espesa capa de sudor. Miró a su compañero, el cual parecía también lleno de pavor.

Akrim se preguntó qué era lo que infundía tanto miedo a los dos sujetos. ¿Acaso tenían órdenes severísimas de no entregar los cascos?

—No lo repetiré más —insistió—. ¡Fuera los cascos, pronto!

De repente, los dos sujetos se abalanzaron sobre él, ciegos, enloquecidos. Akrim se dio cuenta de que la pistola les infundía menos temor que el quitarse los cascos.

Hubiera podido disparar y abrasarlos, pero no lo hizo. Un prisionero por lo menos, esto era lo que le interesaba.

Golpeó una cabeza con el cañón de la pistola. El hombre se derrumbó como una masa inerte.

El otro recurrió a los puños. Akrim fue arrancado del suelo, voló por los aires un par de metros, cayó sobre la mesa y dio una voltereta completa sobre si mismo.

Perdió la pistola. Su enemigo se le echó encima.

Akrim encogió las piernas, distendiéndolas cuando el hombre se disponía a ponerle las manos encima. Lo alcanzó en el pecho, tirándole de espaldas.

Era curioso, pensó mientras se incorporaba de un salto. Aquel golpe tenía que haber arrancado al sujeto un aullido de dolor, él mismo lo había emitido al recibir el primer mandoble, pero el sujeto no había dicho ni pío.

Los dos hombres se lanzaron a un encuentro mutuo. Akrim no era manco, pero el otro le ganó. Dos golpes devastadores, derribaron al joven por tierra, dejándole sin aliento, aunque no desmayado.

Se vio inerme, indefenso y creyó que acabaría de nuevo en un sótano como aquél en donde había muerto torturada Celia Colston. Pero, ante su enorme sorpresa, el hombre agarró a su compañero, se lo cargó al hombro y escapó, antes de que el joven pudiera impedirlo.

Akrim tardó todavía algunos minutos en recuperarse. Cuando se metió en la ducha, a fin de despejar su cabeza de las brumas que la envolvían, no había conseguido aún averiguar la razón del extraño comportamiento de los dos sujetos.

Dedujo que habían tenido miedo, tal vez, de ser sorprendidos, una vez fracasado su primer intento de inutilizarle. Pero sólo era una suposición; no estaba en condiciones de afirmarlo.

Frustrado y enojado consigo mismo, se secó y volvió al salón, en donde empezó a arreglar o reparar los desperfectos causados por el incomprensible combate, que había terminado en unas no menos incomprensibles tablas.

* * *

El helibus le dejó al borde del camino que conducía al campo número cuarenta y dos.

Para largos desplazamientos, fuera de la ciudad, existía un servicio de helibuses. En el área urbana era preciso, sin embargo, conformarse con las aceras deslizantes; la experiencia terrestre del emponzoñamiento de la atmósfera debido a los gases de las fábricas y de los vehículos a motor, se había aprovechado debidamente en Barmeel, aunque ello comportase muchos inconvenientes a sus actuales pobladores. Pero si se tenían resueltas las necesidades de comida, que ha sido siempre el principal motivo da todos los desplazamientos humanos, y las ropas eran baratas, duraderas y fáciles de adquirir, los medios de transporte individuales no eran tan necesarios.

El helibus ganó altura y continuó viaje. Akrim se cargó al hombro la bolsa con sus efectos personales y echó a andar en busca del campo número cuarenta y dos.

Las áreas, secciones y campos estaban delimitadas y numeradas, de tal modo que resultaba imposible extraviarse. La hierba «quimfer», más bien un arbusto por su altura, crecía con pasmosa profusión, alcanzando en ocasiones niveles superiores los de la cabeza de Akrim. Había numerosos senderos, tanto para el enlace entre las distintas áreas, como para el transporte de la hierba en la época de la recolección.

Pronto llegaría esta época. Las hojas, alargadas, lanceoladas, se agitaban al influjo de la brisa, provocando un tenue susurro que acariciaba los oídos del joven. El tono de las hojas era amarillo dorado, con estrías rojas. Cuando hubiese adquirido un tono rojo vinoso, con estrías verdeazuladas, habría llegado el momento de la recolección.

Divisó varios molinos —invención terrestre—, cuyas aspas giraban monótonamente al influjo del viento, extrayendo agua para el riego de los campos del seno de la tierra. Las casas solían ser de una planta, por lo que resultaba más difícil verlas. Los adelantos de la comida y el agua suministradas por tuberías no habían llegado hasta los campos y allí era preciso comportarse según el patrón de vida terrestre.

Al cubo de diez minutos, divisó un rótulo:

Área 37. Sección 22.
Campo 42

Propietaria: Fanella Sryding.

Era extraño, pensó; hasta entonces, no se había preocupado siquiera del apellido de la chica. Bueno, ahora era preciso desempeñar el papel de un sin trabajo.

Divisó un sendero a pocos pasos del poste indicador y se metió por él sin vacilar. A poco, divisó a dos sujetos, portadores cada uno de sendas pulverizadoras portátiles. Lanzaban agua sobre las hojas de la hierba, pero el riego debía ser en forma de gotas finísimas o, de lo contrario, el vegetal se estropeaba y perdía mucho de su valor.

—¡Eh, amigos! —gritó—. ¿Dónde está la dueña?

Uno de los trabajadores le señaló un punto.

—Vaya allí —dijo—. Está con los perforadores.

—¿Perforadores? —se extrañó Akrim.

—Si. El campo anda escaso de agua y tratan de perforar un nuevo pozo.

—Entiendo. Gracias, amigos.

Akrim continuó su camino. Un cuarto de hora después, divisó un grupo de hombres, afanándose en torno a una torre metálica, en cuyo centro giraba incansablemente el trépano, produciendo un sordo y monótono zumbido.

Los ojos del joven captaron inmediatamente la ausencia de Fanella. ¿Dónde se había metido la chica del pelo amarillo?

Se acercó a los trabajadores, algunos de los cuales suspendieron su labor al verle llegar.

—Busco a la dueña del campo —manifestó Akrim.

Un hombre se le acercó. Era más alto y más fuerte que él, de ojos aviesos y labios sarcásticos.

—Me llamo Reters y soy el capataz. ¿Qué es lo que quieres?

—Trabajo —respondió Akrim lacónicamente. Dio su nombre y añadió—: ¿Qué probabilidades hay de obtenerlo?

Reters le miró de arriba abajo.

—Ninguna —respondió hostilmente.

—En la ciudad me aseguraron…

—Esto no es la ciudad, sino el campo número cuarenta y dos. Y yo soy su capataz —dijo Reters.

—Pero no el amo —contestó el joven, sin amilanarse por el tono hostil del sujeto.

Reters hizo chasquear sus dedos.

—Será mejor que te largues, pipiolo.

—Usted no es el amo aquí. Quiero ver a Fanella Sryding. —La casa estaba a cien metros escasos de distancia—. Hablaré con ella.

Y dio dos pasos hacia delante.

La manaza de Reters atrapó su brazo con la potencia de unas tenazas.

—He dicho que te largues —gruñó como un oso.

—Y yo quiero ver a Fanella...

Reters levantó el puño. Entonces, Akrim dio un salto atrás.

Mientras saltaba, se descolgó el saco. Lo volteó en semicírculo, de abajo arriba, y alcanzó el tórax de barril de Reters.

El iracundo capataz emitió un rugido de cólera. Vaciló un poco, pero se rehízo de inmediato, arrojándose de nuevo sobre Akrim.

En el entrenamiento seguido a su ingreso en el Servicio Secreto, habían enseñado a Akrim algunos trucos sucios, los cuales podían ser utilizados moderada o inmoderadamente. En el primer caso, el adversario quedaba solamente en un fuera de combate temporal; en el segundo, el fuera de combate era definitivo. Reters se encontró de repente dando volteretas por los aires sin saber lo que le había ocurrido.

Cayó al suelo con enorme golpazo, que levantó un poco de polvo. Algunos de los trabajadores emitieron risitas de satisfacción; para Akrim, era señal de que Reters no había inspirado a sus hombres muchos sentimientos afectuosos.

Reters se sentó en el suelo, mirando a Akrim con expresión estúpida. De pronto, emitió un rugido y se puso en pie de un salto. El joven empezó a pensar en la conveniencia de causar al sujeto un poco más de daño, a fin de solucionar de una vez aquel enojoso problema.

En aquel momento, una voz paralizó a los dos hombres, suspendiendo la pelea en el acto.

—¡Señor Reters!

Akrim volvió los ojos. Caminando con paso rápido, Fanella se aproximaba al lugar de trabajo.

CAPÍTULO VII

La indumentaria de Fanella había cambiado. Ahora vestía una especie de blusón holgado, que la llegaba a la altura de las caderas, de manga corta y unos pantalones muy ajustados, que terminaban inmediatamente debajo de las rodillas. Su lindo semblante expresaba una viva irritación.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó—. ¿Por qué se pelean ustedes?

Reters se limpió los labios con el dorso de la mano.

—Este sujeto me atacó…

—No es cierto —le interrumpió Akrim—. Vine aquí y pregunté si había trabajo. Él me contestó que no y yo insistí en ver a la dueña. Entonces, me insultó y… bueno, uno es hombre y debe saber defenderse, señorita Sryding. Es decir, si es usted la señorita Sryding. Mi nombre es Akrim.

—Sí, soy la dueña del campo —contestó Fanella, la cual, acto seguido, volvió sus ojos hacia el capataz—. Reters, está despedido.

Reters abrió la boca.

—¡Rayos!

—Ya lo ha oído —afirmó ella—. Llevo en el campo solamente ocho días, pero ha sido suficiente para darme cuenta de que no trata a los trabajadores como a personas y que su presencia aquí es causa de continuos conflictos. Cuando yo llegué, había trece empleados; en estos ocho días, la plantilla se ha reducido a diez. Y de esas tres bajas, sin excepción, la culpa ha sido suya, Reters. Pásese por mi despacho y le abonaré su soldada.

El ex capataz rechinó los dientes.

—Usted no tiene derecho a despedirme —barbotó.

—Quéjese al Sindicato, si estima que el despido es ilegal. Vaya haciendo su equipaje, porque no quiero verle aquí dentro de una hora.

Reters comprendió que no podía resistirse. Mascullando mil maldiciones, se alejó pesadamente hacia el barracón de los operarios, situado a corta distancia de la casa de la muchacha.

—Señor Altoon —llamó Fanella.

Un hombre se destacó del grupo.

—Dígame, señorita.

—Usted será el capataz —manifestó Fanella—. Siga dirigiendo los trabajos como hasta ahora y tenga en cuenta una cosa: la costumbre, dígase lo que se diga, no es ley; al menos, en lo referente a emplear y despedir trabajadores. Cualquier decisión al respecto, deberá serme consultada de inmediato.

—Está bien, señorita. —Altoon regresó junto a la torre de perforación—. A trabajar, chicos.

Fanella se enfrentó con el joven.

—¿Qué sabe usted hacer? —preguntó.

—Todo —contestó Akrim, mirándola de frente.

—Muy bien. Haga el favor de acompañarme a mi despacho, para firmar el contrato.

Unos momentos después, entraban en la casa. Akrim observó que su interior era más bien modesto, aunque confortable. En la decoración se advertía la impronta terrestre, al contrario de lo que sucedía en los edificios que ya se habían encontrado construidos en Barmeel.

Fanella cerró la puerta y le miró ansiosamente.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó con avidez.

—Nada, Excepto que dos tipos con casco aparecieron de nuevo por tu casa y me atacaron.

—¿De veras? —dijo Fanella aprensivamente—. ¿Qué sucedió?

—Traté de atrapar a uno de ellos, al menos, pero se me arrojaron encima y tuve que pelear. Atonté a uno y el otro me derrotó a mí. Cuando creía que me secuestrarían, echaron a correr... bueno, el uno se llevó al otro a cuestas. Yo estaba medio atontado y no pude perseguirles. Naturalmente, informé al jefe por medio de la clave Tres Zeta, pero eso es todo lo que sé, excepto que...

Akrim se interrumpió de pronto.

—Sigue —le acució ella.

—Es curioso —murmuró el joven pensativamente—. Primero logré sorprenderles, mediante un blindaje mental, que anuló sus golpes telepáticos... si es que de veras son telepáticos. Les intimidé con la pistola, pero cuando les ordené despojarse de los cascos con los auriculares, se arrojaron sobre mí como locos. Me dieron la sensación de que temían menos una descarga de luz sólida que a despojarse de los cascos. ¿Por qué será eso, Fanella?

—No lo sé —respondió la chica, también muy preocupada.

—Yo he llegado a la conclusión de que son sordos, es decir, que padecen una atrofia congénita del nervio auditivo y que esos auriculares les sirven de medio de comunicación entre sí, claro que con ayuda de la pantalla lectora. Pero sin ellos, quedarían completamente incapacitados para comunicarse y ello les situaría en desventaja.

—Es posible —admitió Fanella—. De todas formas, imagino que el jefe ya estará investigando sobre el particular.

Llamaron a la puerta. Fanella le hizo una seña con la cabeza.

Akrim se apartó a un lado. Fanella dio permiso.

Entró el capataz despedido.

—Págueme lo que me debe —dijo hoscamente.

—Al momento —respondió Fanella.

Momentos después, Fanella entregaba a Reters el documento de despido y un cheque.

—Puede cobrarlo en el Banco Barmeeliano número ciento veintidós —dijo—. Fírmeme el recibo, por favor.

Reters firmó, arrojando la pluma acto seguido sobre la mesa.

—Me quejaré al Sindicato —anunció

—Hágalo. En el documento de despido, figura que cesa en el trabajo por malos tratos a sus subordinados. Nueve hombres declararán la verdad.

—Yo sólo trataba de acelerar los trabajos de perforación —rezongó Reters.

—Es suficiente —cortó ella fríamente—. Lárguese.

Reters se marchó, no sin arrojar una mirada venenosa a la pareja. Después de cerrar la puerta, Fanella esperó unos minutos antes de romper el silencio.

—Estaba deseando hacerlo —dijo.

—¿Por qué? —preguntó Akrim—. Un capataz enérgico, conviene siempre en una explotación de «quimfer».

—Sí, aunque nunca un sujeto como Reters. En una semana, ya lo has oído, se despidieron tres trabajadores. El campo tenía antes una plantilla de diecinueve. No me preocupan los beneficios ni tampoco un aumento de cupo en la recolección, sino el hecho de que la plantilla fuese disminuyendo. Parecía como si Reters estuviese empeñado en que abandonásemos los trabajos.

Akrim analizó las palabras de la muchacha.

—Es posible —convino al cabo—. Si Celia Colston señaló este campo como sospechoso, quizá no les convenga a ellos que trabajemos aquí.

—Desde luego. Pero, ¿por qué?

De nuevo sobrevino el silencio entre los dos.

—Tendremos que esperar para averiguarlo —concluyó Akrim. Y sus palabras no tenían nada de alentadoras.

* * *

Akrim se incorporó a la plantilla de trabajadores del campo. Altoon, el nuevo capataz, parecía un hombre enérgico y, desde luego, menos déspota que Reters.

Los primeros días de su empleo fueron dedicados, por órdenes de Altoon, a irrigar las plantas. El campo número cuarenta y dos era uno de los más escasos en agua y sólo disponía de un pequeño manantial, que lanzaba un chorro de líquido de un centímetro escaso de grosor. A pesar de que había un estanque colector, que podía contener varios millares de litros, el líquido se agotaba casi completamente durante la jomada y por ello era preciso esperar toda la noche a que se llenase el depósito.

Por dicha razón, el anterior propietario, había decidido iniciar la perforación de un nuevo pozo, tarea en la que ya se llevaba invertidas varias semanas, sin que, hasta el momento, se hubiesen hallado señales de venas de agua que pudieran ser hechas añorar a la superficie.

Dos semanas después de su llegada al campo, sin que hubiese ocurrido nada de particular, Altoon le asignó turno de perforación. Después del desayuno, Akrim se encaminó a la torre, junto con los demás empleados del equipo.

Al llegar allí, examinó el indicador de nivel de sondeo.

—¡Caramba! —exclamó.

—¿Qué te pasa? —le preguntó uno de sus compañeros.

Akrim señaló el indicador.

—Ochocientos metros y todavía no ha aflorado el agua. ¿No te parece extraño, Lesson?

El hombre hizo un signo de indiferencia.

—Qué me importa a mí mientras me paguen —dijo filosóficamente.

—Pero esto no es natural, Lesson.

—Oye, ¿por qué no vas y se lo dices a la dueña? Sí, ya sé que hay sitios donde ha aparecido el agua casi con rascar el suelo con las uñas, pero es que este campo tiene muy mala suerte. Un día u otro encontraremos agua, no te preocupes.

Akrim movió la cabeza afirmativamente. Pese a lo que dijera Lesson, no era natural que se hubiesen perforado ochocientos metros sin haber topado con una fuente de agua. Habiendo un manantial a corta distancia, el resultado obtenido hasta el momento parecía carente de lógica.

Su puesto estaba en el control de revoluciones del trépano. Hacía calor; los tres soles de Barmeel se acercaban ya a su afelio, lo cual significaba que el verano barmeeliano estaba a punto de llegar. En aquellos momentos, la labor de Akrim consistía únicamente en vigilar que el motor suministrase al trépano el número de revoluciones necesarias.

El calor le adormeció. Aunque disponía de un sombrajo —cuatro palos y una tela vieja—, la temperatura era casi sofocante. Sentado como estaba, se sintió relajado, enervado por unos momentos y con el telón de fondo del ruido monótono del motor y el trépano, se adormeció.

Pasaron unos minutos. De repente, sonó un ruido extraño.

Akrim se despabiló instantáneamente, arrojando una sobresaltada mirada al contador de revoluciones, cuya aguja marcaba una cifra muy superior a la normal.

Levantó la vista hacia la torre. El trépano giraba locamente, a gran velocidad, y una tenue nubecilla de vapor se desprendía del orificio de embocadura.

Estaba ocurriendo algo raro. Inmediatamente, alargó la mano y cerró el contacto, parando el motor. El trépano continuó girando todavía unos momentos, por pura inercia, antes de detenerse.

Akrim presionó otro botón repetidas veces. La chillona voz de la sirena que llamaba al trabajo o indicaba el cese del mismo, se dejó oír por la planicie que ocupaba el campo de «quimfer»

CAPÍTULO VIII

Altoon y los demás trabajadores acudieron a la carrera. Fanella no tardó mucho en unirse al grupo.

—¿Qué sucede? —quiso saber la chica—. ¿Hemos dado al fin con la vena de agua?

—Eso parece —respondió Akrim—, pero no ha sido una sola gota de líquido. El trépano ha empezado a girar de pronto a una velocidad muy superior a lo normal, tanto, que he llegado a creer que se rompería y me ha parecido oportuno detener el motor. Francamente, no comprendo lo que ocurre.

—Altoon, ¿qué opina usted? —consultó la muchacha al capataz.

—No lo sé, señorita Sryding —respondió el aludido—. Ciertamente, tendría que haber salido agua, pero no ha ocurrido así. No me explicó por qué el trépano gira tan aprisa.

—Akrim, ponga el motor en marcha nuevamente —ordenó ella—. Al límite mínimo de potencia.

—Sí, señorita —contestó el joven, dando a Fanella al tratamiento que usaba en público.

El motor echó a andar nuevamente. El trépano giró con velocidad de vértigo.

—¡Páralo, Akrim! —ordenó el capataz—. ¡Si sigue girando así, se va a romper!

Akrim cortó el contacto y la maquinaria se detuvo nuevamente. Consultó el indicador de nivel; la perforación alcanzaba ya los mil trescientos cuarenta metros, profundidad más que respetable. ¿Cómo era posible que no hubiesen dado aún con una vena de líquido?

—Creo —dijo Altoon tras algunos momentos de silencio—, que el trépano ha llegado a una oquedad de la corteza geológica barmeeliana. La broca gira ahora en el vacío y, al no agarrar, el número de sus rotaciones es muy superior que en circunstancias normales, cuando encuentra la resistencia de la capa sólida que se está perforando.

—¿Será muy grande la oquedad? —preguntó la muchacha.

Altoon vaciló.

—Bueno, puede intentarse hacer bajar el trépano a más profundidad, para ver si la broca toca terreno sólido. Quizá se trata

solamente de una cueva de pequeño tamaño. Pero si es mayor...—Y calló, dejando flotar en el aire la angustiosa interrogante de la duda.

—¿Akrim? —dijo la muchacha.

Akrim conectó el motor de nuevo. El trépano empezó a descender por sí solo, girando, a pesar de todo, mucho más rápidamente de lo normal.

—Páralo —dijo Altoon—. Tenemos que hacer un nuevo empalme.

Cuando pudieron continuar el trabajo, habían llegado ya a los mil cuatrocientos metros y la broca seguía girando en el vacío. Akrim, por propia iniciativa, detuvo el motor.

—Hay una cueva de más de sesenta metros de altura, por una anchura y longitud que desconocemos —manifestó—. Si hubiese estado llena de agua, ya habría surgido a la superficie. Lo que ocurre aquí demuestra que la perforación ha sido iniciada en un punto erróneo.

—Tendremos que elegir otro —dijo Fanella.

—Sí, pero antes convendría calcular las dimensiones de la caverna, a fin de que no nos ocurra lo mismo, después de ocho semanas de trabajo —manifestó el capataz—. Tendremos que usar el detector sismográfico.

—¡Cómo! —exclamó Akrim—. ¿Es que no lo emplearon antes de iniciar la perforación?

Altoon se encogió de hombros.

—¿Y quién lo emplea? En todos los campos contiguos que conozco, ha bastado plantar la torre y empezar a taladrar. Aquí, por lo visto, parece que no hemos tenido suerte.

—Está bien —decidió Fanella—. Haremos fiesta durante el día de hoy. Mañana haremos una exploración sismográfica detallada y actuaremos de acuerdo con sus resultados.

Fanella hablaba en general, pero dirigió al joven una rápida mirada, que Akrim entendió de inmediato: ella quería hablarle en privado.

Acudió al despacho más tarde, sin llamar demasiado la atención. Cuando llegó, Fanella le tenía ya preparada una lata de cerveza.

—Estoy empezando a sentirme desanimada —confesó la chica sin más rodeos.

—¿Por qué? —quiso saber Akrim.

—Llevamos ya aquí tres semanas yo y dos tú. En ese tiempo, no

ha sucedido absolutamente nada, salvo el despido de Reters. ¿No se habrá equivocado el jefe?

—Es humano, claro —murmuró Akrim—, pero ya sabes que suele tener un olfato magnifico para descubrir los enigmas. Y a mi me parece que la solución está en este campo de «quimfer».

—Yo no la veo, francamente —contestó ella.

—Ten paciencia —aconsejó Akrim—. Quizá no podemos modificarlas, en según qué casos.

—¿Te parece que use la clave Tres Zeta y le comunique lo que sucede?

Akrim vaciló un momento. Realmente, no había ocurrido nada urgente ni extraño, desde el despido del capataz, pero le pareció conveniente que Colston tuviera noticias suyas.

—Muy bien, de acuerdo.

—Vuelve luego —indicó Fanella.

Akrim asintió. Abandonó el despacho y se dirigió al barracón donde estaban alojados los peones, en donde jugó una partida de póquer. Al anochecer, salió, fingiendo que iba a dar un paseo.

La muchacha salió a su encuentro.

—He hablado con el jefe —manifestó.

—¿Y… cuál es su respuesta?

—Una sola palabra: «Continúen».

Akrim se pellizcó el labio inferior.

—No hay duda: la solución está aquí. —Pateó el suelo—. Pero, ¿cuál es?

Fanella guardó silencio. Repentinamente, una vivida llamarada rasgó la oscuridad.

Antes de que pudiesen averiguar el origen del resplandor, oyeron una espantosa detonación. Un viento cálido, abrasador, de fuerza inusitada, estuvo a punto de derribarles por tierra.

Sonaron a continuación unos terribles crujidos. La torre de perforación se desplomó a un lado con gran estruendo.

Fanella lanzó un grito de susto. Akrim la agarró por un brazo.

—¿Estás bien? —preguntó, con los oídos aún doloridos por el fenomenal estampido.

—Si, no me ha pasado nada —contestó ella—. Pero, ¿qué…?

Los peones salían del barracón a la carrera, con gran alboroto. Segundos más tarde, con Altoon al frente, rodeaban a la pareja.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el capataz.

—Traigan linternas —ordenó Fanella—. La torre de perforación ha sido destruida.

Momentos después, varias antorchas eléctricas iluminaban el lugar de la catástrofe. No era preciso ser un lince para comprender que la carga más potente había sido colocada precisamente en el agujero de perforación.

—No quieren que taladremos aquí —murmuró Akrim en un aparte—. Ve y habla con el jefe.

Fanella asintió. Mientras tanto, Akrim, en unión de los demás peones, se dedicó a limpiar de escombros y restos el lugar.

El motor había sido también afectado por la explosión y estaba completamente inutilizado. Era preciso adquirir un equipo nuevo si se quería proseguir el trabajo.

—Ahora no conseguiremos ni adelantaremos nada —dijo Altoon sensatamente—. Todo lo que hay aquí ha quedado reducido al estado de chatarra, así que lo mejor será que nos vayamos a descansar. Mañana dirá la señorita Sryding lo que debemos hacer.

La sugerencia del capataz fue acatada inmediatamente. Akrim se retiró al barracón con los demás trabajadores, dedicándose unos momentos a limpiar el suelo de cristales, pues los de las ventanas habían volado a consecuencia de la onda explosiva. Cuando terminaron, se sentaron en los camastros, excitados por lo ocurrido, que comentaban en diversos tonos.

La opinión general era que se trataba de un acto de venganza de Reters, despechado por su despido. A ninguno extrañó que la explosión se hubiese producido a poco de anochecer; era sumamente fácil acercarse a la torre sin ser visto, aun en pleno día, a causa de la altura de las plantas de «quimfer».

Las conversaciones terminaron por languidecer. De pronto, se abrió la puerta del barracón y apareció la muchacha bajo el dintel.

Su rostro expresaba consternación.

—Amigos —dijo—, lo siento mucho, pero esta explosión me ha arruinado. Poseo solamente lo justo para pagaros los sueldos y la indemnización de despido, que os abonaré puntualmente mañana, después del desayuno. Tendré que malvender el campo, para poder pagarme un billete de regreso a la Tierra.

Se mordió el labio inferior, como si quisiera contener el llanto.

Bruscamente, dio media vuelta y se marchó.

Akrim se tendió en la cama, colocando las manos bajo la nuca. No cabía la menor duda; el jefe había dado órdenes de que se despejase el campo. ¿Cuáles iban a ser sus nuevas órdenes?

Por la mañana, Fanella abonó los sueldos y las indemnizaciones por despido, y firmó los documentos correspondientes. Akrim se colocó deliberadamente el último de la fila.

—Le agradecería que se quedase unos días más —dijo la joven en voz alta—. Necesitaré un operario para arreglar algunas cosas, en tanto llega un comprador.

—Muy bien, señorita Sryding.

Los operarios se marcharon antes de mediodía, en dirección al camino por cuya vertical pasaba el helibus. Akrim y Fanella quedaron solos.

—¿Qué dijo Colston? —quiso saber el joven.

—Llegará hoy en persona.

—Espero que traiga instrucciones —rezongó Akrim—. Esta espera empieza a ponerme nervioso.

—¿Tú solo? —dijo ella amargamente—. A veces pienso...

Calló de pronto. Su esbelto pecho se agitaba con ritmo irregular, resaltando con firmes curvas bajo el tejido de la blusa.

—Sigue —indicó Akrim—. ¿Qué ibas a decir?

—No, nada —movió ella la cabeza—. Sólo quería decir que a veces pienso que hice una tontería al alistarme en el Servicio Secreto.

—Y también estás pensando en que habría sido mucho mejor para ti tener un marido y un par de chiquillos, cosa que da mucho menos trabajo, y es más agradable, ¿no es así?

Fanella se ruborizó.

—¡Qué cosas tienes! —dijo.

—Bueno, ya es hora de que empieces a pensar en el matrimonio —dijo él sonriente—. No me dirás que sientes horror hacia una venerable institución acreditada por varios milenios de existencia.

—Hombre, tanto como eso...

Akrim dio un paso hacia la chica.

—Lo que sucede es que no has encontrado aún el tipo adecuado, ¿no es verdad?

—Akrim, por favor —rogó ella.

El joven tomó sus manos primero y luego pasó sus brazos en torno al talle de la chica del pelo amarillo.

—No sólo me gustas, sino que también te quiero. ¿Qué opinas de este tipo que te abraza como futuro esposo?

Fanella le miró sonriendo.

—Tendré que consultarlo.

—¿Con tu papá?

—Pues… aunque no lo creas, así es. Por supuesto, tengo libertad de acción, pero me imagino que le gustaría que le pidieras mi mano.

—Estoy conforme —respondió él—. En cuanto tengamos ocasión, iremos a la ciudad y compraré un anillo de compromiso. Luego, me dices dónde vive el señor Sryding y…

—No tengas tanta prisa —atajó Fanella—. Primero tenemos otros asuntos más importantes qua resolver.

—Ninguno más importante que nuestro futuro —alegó él vehementemente.

—Nuestro futuro depende de «ellos» —le recordó la chica.

Akrim se mordió los labios.

—Es verdad —dijo disgustadamente—. ¡Cochino oficio!

Fanella le tomó la cara con las manos y le miró sonriendo.

—Ten un poco de paciencia, querido. Si viéramos que esto daba señales de prolongarse demasiado, le pediríamos al jefe que nos relevase.

—De acuerdo. Y ahora, por favor —murmuró Akrim, inclinándose hacia ella para besarla—, un pequeño anticipo…

—Ah, ah —exclamó Fanella en tono lleno de malicia—; temo que tendrás que esperar. El jefe está a punto de aterrizar.

Akrim volvió la cabeza y emitió un gruñido de fastidio. Un helidisco maniobraba para posarse en tierra, en la explanada delantera de la casa.

CAPÍTULO IX

Colston desembarcó del aparato, acompañado por un individuo de algunos años menos que él, a quien presentó como su ayudante personal, Marphin de nombre. Después de los primeros saludos, Colston pidió informes más detallados de lo que había sucedido en el campo durante todos aquellos días.

Fanella y Akrim se alternaron en las explicaciones. Al terminar, Colston y Marphin se miraron unos segundos.

—Vamos a ver el punto de perforación —dijo el primero.

Colston tenía el paso rápido. En pocos momentos, llegaron junto a las ruinas de la torre.

El jefe se plantó, con las piernas ligeramente abiertas y los puños metidos en los huecos de los costados.

—Ha sido Reters —dijo al cabo—. Ya lo hemos detenido y, en estos momentos, está siendo interrogado.

—¿Cómo puede ser eso?—preguntó el joven.

—¿A qué te refieres? —preguntó el jefe.

—«Ellos» son sordos...

—Habrá sido operado para actuar disimuladamente entre nosotros —le atajó Colston.

—Bueno, pero es una operación que podrían hacérsela a todos, ¿no?

—Tal vez subsista, en la mayoría de ellos y en su subconsciente, una especie de terror patológico a la captación de sonidos a través del nervio auditivo —explicó Marphin—. No todos, pero sí algunos, han tenido la fortaleza suficiente para vencer ese terror... y Reters figura entre estos pocos.

—¿Y dónde se esconden? —preguntó la chica del pelo amarillo.

Colston pateó el suelo.

—Aquí —dijo.

—¿Aquí? —repitieron los dos jóvenes a dúo.

—Bueno, quise decir que en este maldito campo está la solución. Primero, Reters trató de apartamos, despidiendo progresivamente a los trabajadores. En vista de que no lo consiguió, hizo volar la torre y... ¿hasta dónde habíais llegado cuando la broca llegó a terreno libre?

—Mil cuatrocientos metros —respondió Akrim.

—¿Habéis hecho una exploración sismográfica?

—Pensábamos hacerla hoy —respondió la muchacha.

—Entonces, no perdamos tiempo —dictaminó el jefe en tono urgente—. Montaremos el sismógrafo en el helidisco y conectaremos el detector por medio de un cable. De este modo, sabremos la extensión que tiene la caverna.

Una horrible sospecha se forjó de inmediato en la mente del joven.

—¡Cómo! —exclamó—. ¿Cree usted que...?

Y no se atrevió a concluir la frase.

—Explorando lo veremos —respondió Colston sibilinamente.

* * *

El helidisco dio un ligero salto y se elevó a unos diez o doce metros sobre el suelo. Marphin era su piloto, en tanto que Akrim y la chica manejaban el sismógrafo, un aparato de nueva especie, capaz de detectar los menores accidentes de la corteza sólida de un planeta, hasta profundidades increíbles.

Un largo cable negro, grueso de cinco centímetros, descendió, provisto de una pequeña broca en su extremo, además de una cápsula que contenía aire comprimido, suministrado por el generador del propio aparato. Akrim puso el motor en marcha y la broca se hundió cosa de dos metros en el suelo.

Presionó un botón. El aire comprimido en la cápsula a cincuenta atmósferas de presión, se liberó bruscamente, produciendo una explosión de regulares consecuencias.

Las agujas de los indicadores oscilaron bruscamente, a la vez que la gráfica señalaba en el papel corredizo las fluctuaciones de las ondas sonoras. El sismógrafo era de nuevo tipo, con las respuestas gráficas, y en unos segundos, los perfectísimos cerebros electrónicos de que disponía, analizaron los datos obtenidos.

—Profundidad de la capa sólida, mil cuatrocientos metros —anunció Akrim, después de la lectura correspondiente—. Dimensiones verticales de la oquedad, cuatrocientos metros.

Colston lanzó un profundo silbido.

—Es una caverna más que regular —dijo—. Sigue doscientos metros en dirección Norte, tres puntos al Este, Marphin.

Antes, Akrim recogió el cable del sismógrafo. Cuando el helidisco se hubo detenido de nuevo, lanzó otro sondeo.

La respuesta fue análoga: espesor de la capa sólida, mil cuatrocientos metros; distancia del techo al suelo de la caverna, cuatrocientos metros.

El resto del día transcurrió en un aburrido peregrinaje por todo el ámbito del campo, recogiendo los datos obtenidos por el sismógrafo. Las oscilaciones eran muy pequeñas; apenas si variaban en cien o ciento cincuenta metros en sentido vertical.

Al terminar la jornada, habían cubierto un tercio del terreno a explorar.

Dos días después hallaron que la caverna tenía una anchura media de mil ochocientos metros, por una longitud que no podían calcular, ya que llegaba mucho más allá de los límites del campo de «quimfer» falsamente propiedad de Fanella. Pero teniendo en cuenta que éste medía casi seis kilómetros de largo, era fácil calcular las pavorosas dimensiones de aquella colosal caverna… hasta cierto punto, porque se daban cuenta de que se perdía bajo tierra en la dirección de su eje longitudinal.

Regresaron a la casa. Fanella preparó algo de comer.

El jefe estaba muy preocupado.

—Si pudiésemos dar con el modo de entrar en esa oquedad —murmuró.

—Tendríamos que perforar un pozo minero —dijo Akrim—. No hay duda de que lo conseguiríamos, pero ello nos llevaría un tiempo más que regular.

—Situando una unidad perforadora por pulverización, con entubamiento y reforzamiento automático de las paredes del tubo, el tiempo a emplear seria menor del que calculamos —adujo Marphin—. Casi emplearíamos más en montarla que en alcanzar los mil cuatrocientos metros de profundidad.

—Bueno, teniendo en cuenta que el solo inconveniente de emplear esa unidad es que no hay ninguna en Barmeel y que seria preciso importarla de la Tierra y que… Oh, ¿a qué seguir? —dijo el jefe, dando un fuerte puñetazo sobre la mesa.

—Entonces —preguntó Fanella—, ¿es que usted opina que la solución se halla a mil cuatrocientos metros bajo tierra?

—Bueno, los síntomas así lo indican, ¿no es verdad?

Fanella terminó de poner la mesa. La cena se hizo en medio de un profundo silencio.

—Bueno —dijo Colston al terminar—, será cosa de irse a dormir. Tal vez la almohada me sirva de mejor consejero que mi propio magín. Vámonos, Marphin.

Los dos hombres se fueron. Fanella y Akrim quedaron solos.

Akrim no desaprovechó la ocasión. Abrazó a la muchacha y la besó.

—Esta vea no me lo han impedido —dijo, satisfecho.

Ella le miró sonriente.

—Me has cogido por sorpresa. Deberías haberte ido con ellos al barracón de los peones.

—Es que yo ya no soy un peón, sino un distinguido aspirante a tu linda mano y tengo derecho a estar un rato contigo. —Volvió a besarla y luego se separó—. Fanella —dijo preocupadamente—, ¿qué opinas tú?

—Lo mismo que el jefe. La solución está bajo nuestros pies.

El tacón de la muchacha golpeó el suelo, como indicando que era allí abajo donde debían realizar sus investigaciones.

—¿Es posible que esos hombres, y las mujeres también, claro, se escondiesen bajo tierra para huir sabe Dios de qué remoto peligro! —exclamó Akrim.

—¿Y por qué no? —contestó ella.

—Bien, pero, en todo caso, ¿de qué peligro pudieron huir?

—Tal vez de nosotros... es decir, de la «Oceanic» y del capitán Barmeel y de sus hombres.

Akrim la miró fijamente durante algunos segundos.

—Cariño, es una teoría muy bonita, pero impráctica en absoluto.

—Explícate.

—Hay cientos de ciudades, capaces cada una de ellas para varios millones de habitantes. Cien, mil, diez mil personas, pueden esconderse con relativa rapidez, pero no mil o dos millones de seres, por muy bien planeada que se tenga la evacuación. A menos que cada casa de todas las ciudades dispusiera, por ejemplo, de un ascensor que permitiese a sus moradores descender al seno de la tierra en cuestión de pocos minutos... y eso, me parece a mí, es materialmente imposible, por varias razones.

—Bueno, te escucho —dijo la chica.

—Primeramente, se necesitaría un entrenamiento muy eficaz. Después, que en el momento de la llamémosle evacuación, estuviesen todos en las casas, a fin de aprovechar como si dijéramos todos los viajes de los ascensores. Y, por último, recuerda que cuando Barmeel y sus hombres desembarcaron, no vieron la menor señal de vida humana. Es imposible que mil o dos mil millones de seres desaparezcan en unas horas, en unos días o aun en unas semanas. La «Oceanic» no pudo ser detectada; no hemos encontrado jamás rastros de una antena de radar o utensilio semejante. Cuando llegaron, llegaron… y no había nadie.

—Y las ciudades seguían funcionando —dijo Fanella, muy pensativa.

Hubo una pausa de silencio. De pronto, Akrim exclamó:

—Es inútil devanarse los sesos, Fanella. A mi entender, hemos llegado al límite de lo que podemos averiguar humanamente. En lo que a mí respecta, y a poco que me quieras, estarás de acuerdo conmigo, me doy cuenta que no podemos hacer más por el momento. Así que, si no tienes inconveniente, mañana hablaremos con el jefe y le diremos que nos de un mes de descanso. Me presentas a tu padre, le pido tu mano, nos casamos… y en paz. ¿Qué contestas?

—No se hable más —sonrió ella—. Lo haremos como dices. Y ahora, me gustaría dormir un rato.

—Conforme.

Fanella le acompañó hasta la puerta. Una vez allí, Akrim se volvió, le dio un beso de buenas noches y se dispuso a retirarse al barracón.

Entonces oyeron un extraño ruidito, como si crujiera el suelo en una pieza contigua.

—¿Qué es eso? —preguntó ella, alarmada.

—Silencio —rogó el joven. Tanteó con la mano y apagó la luz—. No te muevas de donde estás.

Entró en la casa nuevamente. El ruido se reprodujo.

Cruzó el salón y se aproximó a la estancia contigua, que era precisamente el despacho de la joven. Asomándose con precaución, miró al interior.

Sus ojos asombrados captaron algo increíble: una trampa en el suelo, de dos metros de diámetro, por la cual asomaban los hombros

de un sujeto que llevaba casco y auriculares.

CAPÍTULO X

BREVE HISTORIA DE LA CIUDAD OCUPADA (CONTINUACIÓN)

Una de las cosas que más extrañaron a los tripulantes de la «Oceanic» —y, por supuesto, a los expedicionarios de misiones siguientes— fue el sistema de alimentación de las ciudades de Barmeel.

Cada apartamiento disponía de una pieza, que fue denominada cocina, según los usos terrestres. En dicha cocina, había una serie de grifos, cada uno de los cuales suministraba un líquido nutritivo diferente, de acuerdo con las necesidades del momento. Los primeros exploradores de la «Oceanic» hallaron que la dispensadora de alimentos, así se la llamó desde un principio, proporcionaba un líquido semejante a la leche, en color y composición y, naturalmente, elementos nutritivos, así como agua potable, fría y caliente, y dos clases de caldo, ambas muy alimenticias. También tenía dicha máquina una ranura que suministraba unas tabletas de un alimento sólido, de un tamaño aproximado de diez centímetros de lado por dos de grueso, de sabor y textura semejantes a la carne corriente que se comía en la Tierra, aunque, evidentemente, no procedía de ningún animal vivo. No obstante, poseía un poder nutritivo muy grande, hasta el extremo de que era raro el que no quedaba satisfecho con una tableta de dicha «carne».

Los alimentos, tanto sólidos como líquidos, eran suministrados, mediante la inserción, en una ranura «ad hoc», de una o más monedas, según lo que se desease ingerir y su cantidad, lo cual se indicaba en un marcador que había encima de la ranura. Las monedas no abundaban mucho en la ciudad; tan sólo se encontraron varios miles, pero resultó fácil, una vez descubierto el funcionamiento de las dispensadoras de alimentos, reproducirlas en cantidad suficiente para que los nuevos

pobladores de Barmeel tuviesen resuelto el problema de la alimentación. Dichas monedas recibieron el nombre de dinares, ya que una de sus inscripciones, hecha en un lenguaje gráfico completamente desconocido para los terrestres, se parecía mucho a la citada palabra. Los valores les fueron atribuidos por sus respectivos tamaños y por las «cifras» grabadas a troquel en sus superficies, aunque nadie jamás, hasta el momento, ha descubierto la clave para entender el lenguaje de los primitivos moradores de Barmeel.

Durante doscientos años, las dispensadoras de alimentos han seguido funcionando a la perfección, suministrando comida y bebida como desde el primer día, sin que, por ahora, la fuente de suministros, de señales de agotarse.

Pero nadie ha conseguido jamás, hasta el momento de redactar esta historia, encontrar la maquinaria que produce alimentos constantemente, en perfecto estado sanitario y en cantidad para permitir la vida a, por lo menos, dos mil millones de seres humanos.

* * *

Akrim sintió que unas uñas se le clavaban en la carne del brazo. Percibió a su lado la excitada respiración de la muchacha, cuyos ojos contemplaban con infinito asombro la escena que se estaba produciendo en el despacho.

El hombre salió fuera, seguido de otro sujeto de análoga indumentaria. Los dos, en completo silencio, bajaron la trampa y la cubrieron con la alfombra que decoraba el suelo de la estancia.

Hecho esto, se dirigieron a la ventana, la abrieron y desaparecieron en la noche, en el más completo silencio.

Akrim esperó unos minutos aún a que los sujetos se hubiesen alejado lo suficiente para poder penetrar en el cuarto sin riesgo alguno. Levantó la alfombra y contempló la trampa.

Pegó un par de taconazos sobre la misma, sin percibir ruido a hueco.

—Esto explica —murmuró— que no nos hayamos dado cuenta de su existencia hasta ahora.

—¿Quiénes serán esos individuos? —preguntó ella.

—Bueno, deben formar parte de la cuadrilla que torturó a la señora Colston. Y se esconden aquí, debajo de nosotros. —Akrim pateó nuevamente la trampilla.

—¿En la caverna? —sugirió ella temerosamente.

Akrim la miró con fijeza durante algunos instantes.

—¿Te atreverías a iniciar una exploración? Si están en la caverna, debe haber algún ascensor; no han subido volando, por supuesto.

—Iré donde tú vayas —contestó Fanella.

—Muy bien, pero no conviene viajar desarmado. Espérame unos momentos.

Akrim se dirigió al barracón, donde tomó su cinturón con la pistola y los otros adminículos que siempre llevaba consigo, y regresó a la casa a todo correr. Fanella se había colocado ya otro cinturón semejante.

Sin necesidad de más palabras, levantaron la trampa, que era de un grosor más que regular. Pese a ello, debiera haberse oído sonido a hueco, pero Akrim comprendió en seguida por qué no lo habían percibido, cuando vio que a continuación de la trampilla, se aparecía un disco de metal de las mismas dimensiones, el cual descendió automáticamente cosa de un par de metros.

Akrim saltó al fondo sin vacilar. Fanella se sentó en el borde y luego, ayudada por el joven, descendió también al hueco. En uno de sus costados, descubrieron dos botones circulares, ambos de distintos colores.

—Bueno —dijo Akrim—, éstos deben ser los mandos de ascenso y descenso. Vamos a bajar la trampilla, antes de poner el aparato en funcionamiento.

Así lo hizo, quedando a oscuras durante un instante. Akrim tenía una diminuta pero potente linterna eléctrica y la encendió. Probó el botón rojo, sin que sucediera nada.

Presionó el botón de color amarillo. El suelo se hundió de repente, con tanta brusquedad, que Fanella no pudo evitar un grito, a la vez que arrojaba sus brazos al cuello del joven.

—¡Aaayyyy…!

Casi se quedaron suspendidos en el aire al arrancar el aparato. Akrim se dio cuenta, mientras procuraba tranquilizar a la chica, que su velocidad era muy superior a la de los ascensores que usaban

habitualmente en la ciudad.

«De todas formas —pensó—, mil ochocientos metros, no es una distancia excesiva. Claro que tenemos que agregar unos cuatrocientos más, porque es de suponer que llegará hasta el suelo...»

Calculó en treinta kilómetros a la hora la velocidad de descenso. Su cálculo resultó correcto: antes de los cinco minutos, ya se había detenido el aparato.

Akrim encendió la linterna nuevamente. Fanella le contempló con expresión aprensiva.

—¿Adonde hemos venido a parar, Akrim? —preguntó temerosamente.

Los botones seguían allí. Akrim presionó el de color rojo.

Entonces, parte del tubo en que se hallaban, se deslizó a un lado. Una luz brillante inundó aquella singular cabina de ascensor.

Akrim y la muchacha dieron un par de pasos fuera del ascensor. Los ojos del joven contemplaron el increíble espectáculo que se ofrecía ante sus ojos.

* * *

El ascensor se había detenido junto a una plataforma metálica, cuadrada, protegida por barandillas, de unos cinco metros de lado, situada a otro tanto del suelo de la enorme caverna en cuyo fondo se hallaban.

El techo de la oquedad se hallaba a una distancia enorme, tal vez, calculó Akrim, por sus impresiones visuales y el recuerdo de los análisis sismológicos, a cuatrocientos o quinientos metros de la plataforma. Su anchura resultaba mucho más difícil de evaluar, ya que casi se perdían de vista los extremos a derecha e izquierda de ellos. Unos dos mil metros, pensó Akrim. En cambio, lo que no se podía calcular de ningún modo era su longitud; en este caso, la frase «perderse de vista» tenía plena aplicación práctica.

No se veía el fondo. Tampoco se hubiese divisado, creía el joven, aunque la visión no hubiera sido obstaculizada por aquella serie de máquinas colosales, que se alzaban como monolitos de metal sobre el suelo de la oquedad.

Por lo menos, eran máquinas o lo parecían, dada que su forma más general era la cúbica, aunque había otras de sección hexagonal

y también alguna cilíndrica

En general, su tamaño era pavoroso, abrumador; la altura media, era de ciento cincuenta a doscientos metros, por una anchura y longitud similares. Había unas ocho máquinas en fondo, pero su número a lo largo no se podía calcular.

De cada máquina partían hacia arriba dos tubos gigantescos, de diez o más metros de grosor, los cuales ascendían hasta perderse en las entrañas de la bóveda rocosa. Aparte, otros tubos, de menor anchura, dos o tres metros solamente, salían de los costados y, tras curvarse en un amplio codo, se sumergían en el suelo de la caverna.

La separación entre las máquinas, alineadas por calles, venia a ser de unos cincuenta metros. No se divisaban escaleras que pudieran conducir a su parte superior, caso de una eventual avería; las superficies eran lisas, sin la menor protuberancia, salvo en los lugares donde entraban y salían los tubos que las conectaban al suelo y a la bóveda.

El silencio era absoluto; tan sólo se percibía, pero únicamente si se prestaba una gran atención, un tenue zumbido, como el de una maquinaria en funcionamiento. El lugar aparecía desierto, pero Akrim notaba que allí había vida, que no estaba muerto.

—¿Qué es esto? —preguntó al cabo de un minuto, cuando se hubo rehecho parcialmente de la sorpresa recibida.

—Bien —contestó la chica con cautela—, yo diría que es una central suministradora de alimentos a la superficie. Absorben las sustancias orgánicas del suelo, las transforman en su interior y luego, por medio de esos tubos, que es de suponer se ramifiquen más arriba, envían el resultado, la comida y la bebida, a la ciudad.

—Es posible —convino él, empezando a descender la escalera—. Pero, ¿qué clase de seres fueron capaces de realizar una hazaña semejante? Estas máquinas llevan funcionando cientos de años y no dan señales de detenerse.

Fanella le siguió. Llegaron al suelo, completamente liso, pavimentado con una sustancia dura, gris, semejante al cemento terrestre. Akrim paseó la vista en torno suyo. De pronto, al otro lado del ascensor, divisó una especie de cubículo de unos veinte o treinta metros de anchura, por cinco o seis de alto. Era de forma cilíndrica, aplastada, y disponía de puertas y ventanas. Una viva luz remaba en su interior, permitiendo ver una serie de tableros de mando y de

control, sobre los que centelleaban numerosas lamparitas piloto de distintos colores.

—Ésa debe ser la central de gobierno —dijo.

—Vamos a verla —propuso Fanella.

La central estaba apenas a treinta metros de distancia. Llegaron a una de las puertas y cruzaron el umbral.

Los más expertos en criptografía, los semánticos y filólogos más reputados, no habían conseguido aún descifrar los signos del antiguo idioma barmeeliano. Para Akrim y Fanella, por tanto, era imposible traducir los rótulos que, en diminutos caracteres, se advertían junto a cada botón o palanquita de mando y que constituían legión.

Había varias habitaciones similares, aunque con ciertas diferencias, que indicaban claramente sus distintos destinos. En una de ellas, precisamente en la situada justo frente al tubo del ascensor, divisaron dos grandes palancas de control.

—Deben ser las llaves generales —apuntó Akrim.

—Tal vez —convino la muchacha.

Akrim se rascó la mandíbula, sumamente perplejo.

—Verás —dijo—, hay una cosa que no he conseguido explicarme jamás, desde que empecé con este asunto.

—¿Cuál, Akrim?

—Ésos..., los barmeelianos, es indudable que no les gustamos y que han estado haciendo todo lo posible por amargamos la vida.

—Así es —convino la chica del pelo amarillo.

—Bien, a lo que parece —siguió Akrim—, ellos tienen en sus manos el dominio de las centrales alimenticias... hay cientos de ciudades y es de suponer que bajo la superficie barmeeliana haya muchas más centrales como ésta, ¿Por qué no las han detenido? Hubiesen provocado un caos entre nosotros al dejarnos sin comida; precisamente, uno de los mayores atractivos de la emigración terrestre a Barmeel es que no se necesita producir apenas alimentos, excepto para los caprichosos que quieren comer cosas terrestres. Pero la inmensa mayoría, por no decir todo el mundo, hemos aceptado sin más esta forma de recibir los alimentos. ¿Qué hubiese pasado si, de pronto, hubieran dejado de funcionar las centrales transformadoras?

—Acaso —dijo Fanella meditabunda—, es que no se pueden parar sin graves perjuicios. Tu sabes lo que ocurre con un alto homo

cuando se apaga; encenderlo cuesta después…

Fanella se interrumpió bruscamente, a la vez que sus ojos se dilataban por el asombro.

Akrim se dio cuenta del cambio de expresión de la muchacha y volvió la cabeza hacia el punto donde ella dirigía su vista… También se sintió infinitamente asombrado, ya que, por primera vez en su existencia, veía en funcionamiento uno de aquellos automóviles que llevaban parados doscientos años en la superficie da Barmeel.

CAPÍTULO XI

El vehículo tenía forma aplastada; casi parecía un disco ovoidal, de bordes suavemente redondeados, más romo en el morro que en la zaga, y con una cúpula transparente en su centro, que alojaba un habitáculo, con dos filas de asientos, capaces para cuatro o cinco personas. Su color era amarillo brillante y en el interior de su cabina viajaban dos sujetos, ataviados y equipados en la forma que a Akrim le resultaba ya peculiar.

Fanella le agarró súbitamente de la mano y tiró de él.

—Ven, pronto —susurró la muchacha.

Corrieron a esconderse detrás de una gran mesa de control, agachándose tras ella, en el momento justo en que el automóvil se detenía frente a la puerta de entrada a la central rectora. Akrim comprendió que no era posible recorrer la caverna a pie, cuando menos en misiones rutinarias de supervisión del funcionamiento de las máquinas, y que, por dicha razón, los sujetos encargados de su mantenimiento, usaban el automóvil.

Pero, ¿por qué podía circular éste y no así los de la superficie?

Los dos hombres se apearon del vehículo y penetraron en la central por otra puerta. Akrim quiso moverse, pero Fanella le retuvo por el hombro.

—Sigue aquí y no te muevas —murmuró.

Pasaron unos minutos. De pronto, oyeron unos pasos que se acercaban.

Uno de los vigilantes entró en el cuarto y empezó a revisar los instrumentos indicadores de control, sin haberse percatado de la presencia de la pareja en la estancia. De repente, Akrim concibió una súbita idea.

Lentamente, sin hacer ruido, desenfundó la pistola de luz sólida. Pero, inesperadamente, el otro guardián irrumpió en la estancia.

Akrim maldijo interiormente. Las cosas se le ponían más difíciles de lo que habla esperado.

Entonces, antes de adoptar una determinación, vio algo que le dejó estupefacto.

Los dos guardianes hablaban.

Les vio mover los labios y accionar como si sostuvieran una

conversación corriente. Sin embargo, no consiguió percibir el menor sonido.

Posiblemente, dedujo, el casco con los auriculares seria también de micrófono emisor y receptor de sonidos. Luego sus sospechas acerca de los poderes telepáticos de los barmeelianos caían por su base; únicamente poseían una cierta fuerza mental, ciega, potente, pero no lo suficiente para comunicarse entre si sin necesidad de otros medios que el cerebro. Usaban la voz, pero… ¿por qué no captaba sus sonidos?

De pronto, los dos guardianes se acercaron a la mesa de control tras la cual estaban escondidos ellos. Examinaron los instrumentos y luego intercambiaron unas frases.

Akrim captó un ligero ruidito, como de pies al girar en el suelo. Sin importarle ya cualquier riesgo, se incorporó de golpe.

Los sujetos acababan de volverse de espaldas. Uno de ellos, se había recostado incluso contra el borde de la mesa. Parecían muy tranquilos.

Akrim movió la mano derecha con singular rapidez. Fueron dos golpes secos, que produjeron los efectos apetecidos. Los guardianes se derrumbaron al suelo, completamente sin sentido.

Apoyando la mano izquierda en el borde de la mesa, Akrim saltó ágilmente al otro lado. Se arrodilló al lado de los guardianes y les despojó de los cascos.

—Bueno —dijo, satisfecho—, creo que, al fin, hemos conseguido un importante avance en nuestras pesquisas.

Fanella contorneó la mesa y se arrodilló al lado de los caídos.

—Están desmayados —dijo.

—Bien, eso era lo que buscaba yo —respondió él, muy ufano—. Ahora sólo falta que despierten y veremos a ver qué contestan.

—Si no te entienden, no adelantaremos nada —opinó la chica.

Akrim reflexionó unos segundos.

—Puede ser —dijo—. Pero estoy acordándome de que los dos sujetos que me atacaron en vísperas de ir a trabajar al campo de «quimfer» sentían tal horror en desprenderse de los cascos, que prefirieron arriesgarse a recibir una descarga de luz sólida. Ahora, cuando éstos se despierten, veremos a qué es debido.

Y salió del cuarto, regresando a poco, con dos pantallas comunicadoras, que dejó encima de la mesa.

—Estaban en el interior del vehículo —explicó llanamente—. Si los medios normales fallan, siempre tenemos el recurso de emplearlas.

—Una buena idea —aprobó él —. Y de paso —añadió—, veremos a ver cómo se hace funcionar ese automóvil. Quizás aprendiéndolo aquí abajo, pongamos en movimiento los que hay parados en la superficie. Por cierto, ¿qué energía usan para moverse?

—Tal vez la electricidad y un campo antigravitatorio. Recordarás que el que hemos visto se deslizaba a unos centímetros del suelo, sin ruedas que lo sostuviesen.

—Es verdad —concordó Akrim.

De pronto, uno de los guardianes empezó a agitarse.

—Ya despiertan —exclamó Fanella.

Akrim sujetó ambos cascos con una mano, en tanto que, con la otra, apuntaba hacia los caídos con la pistola. El primero abrió los ojos y miró torpemente en torno suyo.

Se sentó en el suelo con aire aturdido. Su compañero empezaba a moverse en aquellos instantes.

El primero se llevó una mano a la cabeza. De repente, se dio cuenta de que no tenía puesto el casco.

Su rostro adquirió una expresión de terror insuperable.

—¿Qué le pasará? —preguntó Akrim, dirigiéndose a Fanella, aunque sin quitar ojo del sujeto—. ¿Por qué ese miedo?

El hombre se tapó los oídos con ambas manos, a la vez que se revolcaba por el suelo epilépticamente, con movimientos tales que parecía le estuviesen azotando con un látigo de cuero. Abría y cerraba la boca convulsivamente, dando la sensación de que emitía unos horribles chillidos, pero no se podía escuchar el menor sonido. Su compañero se revolcó también como un poseso, bruscamente despertado por las palabras del joven, que no habían tenido un volumen sonoro fuera del corriente.

Akrim se quedó boquiabierto, sin comprender lo que estaba sucediendo. Fue la chica quien le dio la solución, agarrándole por un brazo con mano crispada.

—¡Akrim, no son sordos! —exclamó—. Todo lo contrario; poseen una enorme sensibilidad a los sonidos normales y ello les hace padecer terribles dolores. ¡Dales los cascos, pronto, dáselos!

Akrim vaciló unos instantes. Los cascos en su poder, eran

garantía de tener dominados a los dos guardianes, pero, al mismo tiempo, sentía una viva compasión hacia ellos, a causa de los tormentos que padecían y que eran harto visibles. Sintióse un tanto culpable, como si hubiese sometido a los dos hombres al peor de los suplicios y, al fin, haciendo caso de las indicaciones de Fanella, les arrojó los cascos.

Los vigilantes se abalanzaron frenéticamente sobre ellos, con ansia de náufragos, colocándoselos en el acto. La expresión de sufrimiento que se reflejaba en sus facciones empezó a desaparecer, aunque era fácil ver los intensos tormentos que habían padecido.

—No lo entiendo —murmuró, desconcertado—. Siempre creí que eran sordos, pero ahora resulta todo lo contrario; el menor sonido les causa un padecimiento intolerable. ¿Por qué, Fanella?

—No lo sé. Tal vez ellos nos lo expliquen, ¿no te parece?

Akrim vaciló un momento. Los vigilantes estaban ya en pie, abatidos y desmoralizados, aunque recuperándose poco a poco.

—Nunca había visto una cosa semejante —dijo él.

—Usa las pantallas comunicadoras —aconsejó la muchacha.

—Sí, es una buena idea —aprobó Akrim. Cogió una de las pantallas y se la entregó al individuo más próximo, indicándole que hiciese la conexión a sus auriculares. Fanella tomó la otra con ambas manos y se la colgó del cuello.

—¿Os sentís mejor? —preguntó la muchacha.

—Sí —apareció la respuesta del sujeto en la pantalla que pendía de su cuello.

Akrim miró a la pantalla que tenía Fanella, en la cual aparecían las frases que pronunciaba ella. Al mismo tiempo, se dio cuenta de que el sujeto no daba sus contestaciones de muy buena gana.

—Diles que estamos dispuestos a obtener informes a cualquier precio —exclamó en tono duro—. Deseamos ser sus amigos, aunque ellos no lo crean así; pero si se niegan al diálogo, no seremos remisos en combatirlos.

Sus palabras aparecieron gráficamente en la pantalla también. El sujeto las leyó y su gesto se endureció un tanto.

—Sois unos invasores —contestó—. Este planeta es nuestro. ¿Por qué no os marcháis?

—Cuando llegamos aquí hace doscientos años, no había nadie —manifestó Akrim—. Una cosa abandonada, sin dueño, es del primero

que la encuentra. Si Barmeel era vuestro planeta, ¿por qué no os hicisteis visibles para formular vuestras reclamaciones?

—No lo sé, yo no había nacido entonces. Aun ahora, soy solamente un simple soldado que cumple órdenes.

—¿De quién? —preguntó Fanella vivamente.

—Nuestro jefe se llama Osis, es todo cuanto sé.

—¿Dónde está?

—No lo sé.

—¿Quieres que te quite el casco otra vez? Al parecer, el sonido de nuestras voces os causa un sufrimiento enorme. ¿Te gustaría que te hiciera padecer de nuevo ese tormento? —intervino Akrim.

—Aunque me quites el casco, no por ello podré decirte algo que ignoro. Osis no tiene nunca un domicilio fijo.

Akrim y la chica cambiaron una rápida mirada. Ella habló:

—Dime vuestros nombres. No nos gusta hablar con unos seres que no sabemos cómo se llaman.

—Yo soy Baren —contestó el sujeto de la pantalla—. Éste es Tel.

—¿Cuál es vuestra misión en la caverna?

—Vigilar el buen funcionamiento de la central suministradora de alimentos.

—Hay más centrales como ésta, ¿no es así?

Baren movió la cabeza afirmativamente.

—Decenas de ellas, tal vez un par de centenares —respondió.

—Vosotros sabíais que nosotros ocupamos las ciudades de la superficie, las cuales estaban deshabitadas a nuestra llegada a Barmeel —terció Akrim—. Estamos usando la comida que fabrican estas máquinas. Podíais habernos exterminados a todos, por el sencillo procedimiento de envenenar los alimentos. ¿Por qué no lo habéis hecho?

—La misma construcción de las máquinas lo impide —declaró Baren.

—¿Cómo?

—Cada central transformadora de alimentos dispone de un analizador automático de los mismos. Si una sustancia tóxica se introdujera en los alimentos, durante su proceso de obtención, transformación y suministro, las máquinas se pararían automáticamente.

—Bueno, pero también podíais haber detenido la marcha de las

máquinas —alegó Fanella.

Baren sacudió la cabeza.

—No es tan fácil —respondió—. Se trata de un proceso que debe continuar indefinidamente; parar una central, supondría después un fabuloso trabajo para ponerla nuevamente en marcha. Puede que en cincuenta años no se consiguiera hacerla funcionar de nuevo.

—Y, por tanto, sois de la opinión que vale más que nos aprovechemos de los beneficios de estas centrales alimenticias, que no destruirlas, pensando tal vez en que un día podréis recuperar la propiedad de Barmeel, ¿no es cierto?

Baren asintió.

—¿Sois muchos? —preguntó Fanella—. Porque si habéis permanecido escondidos durante doscientos años, quizá más, ya que no había nadie cuando nosotros llegamos aquí, y vuestra vida no dura tanto, es lógico suponer que haya colonias con personas de ambos sexos, que permitan la propagación de vuestra humanidad. ¿Cuántos sois? ¿Dónde están vuestros centros de población?

Baren sonrió enigmáticamente.

—Cada vez quedamos menos bajo tierra. Cada vez son más lo que suben a la superficie y se mezclan con vosotros y se casan con vuestras mujeres.

—¿Y ellas lo saben? —preguntó Fanella rápidamente.

—Algunas, sólo las dignas de confianza.

Akrim reflexionó unos momentos.

—Tal vez —dijo—, esos que suben a la superficie han sufrido una operación quirúrgica que les permite vivir sin esos cascos puestos. Aunque alguno pueda pasar desapercibido, como de hecho ya ha sucedido, si fuesen muchos y, además, de una manera permanente, acabaríais por llamar la atención. Pero esto no interesa mucho, al menos por el momento. Lo que de verdad es interesante es la identidad y el sitio donde está vuestro jefe, el hombre que os dirige. ¿Me contestarás por las buenas, Baren?

El hombre calló durante irnos instantes. De pronto, actuando tan de súbito que cogió desprevenido al joven, se arrojó sobre él y le asestó un terrible puñetazo en la mandíbula.

Akrim retrocedió un paso, chocó contra la mesa y dio una voltereta en el aire. Al caer, sus manos buscaron instintivamente un asidero.

Lo encontró en una de las dos grandes palancas que había sobre la mesa, a la cual se agarró con fuerza. La palanca frenó en parte su caída, pero describió un movimiento de giro sobre su eje de casi 180º.

CAPÍTULO XII

Durante doscientos años, al menos durante el tiempo que llevaban los terrestres en Barmeel, los vehículos habían permanecido inmóviles en el suelo, quietos, sin que nadie hubiera conseguido averiguar cómo funcionaban y, mucho menos, el modo de ponerlos en marcha. Aquella noche, una pareja de terrestres se divertían alegremente en uno de los bares de la ciudad.

Porque los terrestres habían llevado a Barmeel consigo todas sus virtudes y todos sus vicios, todo hay que decirlo; y en las plantas bajas de las casas, que un día fueron destinadas a vivienda, se habían instalado toda clase de comercios y establecimientos destinados al intercambio entre los habitantes de Barmeel. Naturalmente, uno de los negocios que no podía faltar era el de los bares.

Él se llamaba Johnny y ella Elisa. Habían tomado unas copas de más, con los resultados que son fáciles de imaginar. Eran muy amigos; posiblemente, terminarían casándose, aunque a Elisa le gustaba mucho hacer rabiar a Johnny. Éste trató de perseguirla para darle un beso y ella escapó, riendo alegremente.

—¡Ahora me montaré en uno de esos automóviles y escaparé donde no puedas alcanzarme! —gritó la chica, mientras salía a la carrera del bar.

Abrir la cúpula de los vehículos había sido siempre muy fácil. Elisa lo hizo y se sentó en el asiento delantero. Johnny la alcanzó, situándose a su lado.

—¡Nos escaparemos juntos! —exclamó Johnny alegremente—. Anda, pon este cacharro en marcha.

—Es muy fácil —rio Elisa—. Basta apretar este botón... —lo apretó—, empujar esta palanca hacia delante... —la empujó—. ¡Y el auto empezará a moverse inmediataaaaaaayyyyy...!

Los gritos de alegría de Elisa se trocaron en otros de susto.

¡El vehículo se movía!
Sonó un clamor general.

* * *

Akrim quedó medio tendido en el suelo, aturdido por el fenomenal golpazo recibido. Baren trató de arrojarse sobre él, pero Fanella, más rápida, le puso la zancadilla y el sujeto cayó de bruces.

Tel intentó atacar a la muchacha. Fanella había recibido cierto entrenamiento para situaciones semejantes y golpeó con la punta de su zapato la rodilla del vigilante. Tel se despreocupó del combate.

La acción de la chica fue suficiente para que Akrim recobrase el dominio de la situación. Poniéndose en pie, apuntó con la pistola a Baren, quien se incorporaba en aquellos momentos, con una mirada de cólera en sus ojos.

—¡Basta! —ordenó el joven—. Fanella, ponle delante la pantalla. Que lea que estoy dispuesto a matarle si vuelve a atacarme.

Fanella obedeció. Baren respiró con fuerza y pareció desistir de sus esfuerzos por liberarse.

Akrim dio la vuelta a la mesa nuevamente.

—He movido esa palanca —dijo, señalándola—. ¿Tiene algún significado especial? ¡Si no me contestas, te arrancaré el casco!

La amenaza doblegó a Baren.

—No —jadeó—. No se relaciona, en cierto modo, con la central transformadora de alimentos. Es, simplemente, el control de energía de los vehículos de la superficie.

—¿Quieres decir —preguntó Akrim, boquiabierto— que moviendo esa palanca, todos los automóviles están en situación de funcionar?

—Así es —confirmó Baren.

Akrim comprendió al momento lo que podía suceder si todo el mundo intentaba apoderarse a la vez de un vehículo. Se producirían disturbios, tal vez muertes... No sabiendo cómo recibían su energía los automóviles, era preciso esperar a que se hiciese una distribución justa y equitativa, a fin de evitar desórdenes.

Volvió la palanca a su lugar habitual.

(El auto que tripulaban Johnny y Elisa se detuvo suavemente. Ya no pudieron hacerlo funcionar más, pese

a sus esfuerzos. Dada su situación peculiar en aquellos instantes, al día siguiente, cuando despertaron, creyeron que habían sido víctimas de un sueño. Otros no lo creyeron así, pero las ilusiones que se habían hecho, quedaron frustradas inmediatamente.)

—Más adelante arreglaremos este asunto —declaró—. Ahora, convendría volver a la superficie con estos dos pájaros.

—Son los vigilantes de la central —adujo Fanella—. Tienen una misión que cumplir... y arriba hay millones de bocas que alimentar.

La petición de la chica estaba llena de lógica.

—Si os dejamos libres —exclamó Akrim—, ¿nos indicaréis dónde está vuestra colonia más cercana? Repito que no deseamos causaros ningún daño; sólo establecer relaciones amistosas con vosotros y conocer la verdadera historia de Barmeel, así como las causas que motivaron su despoblación.

—Nuestras intenciones son pacíficas —agregó Fanella—. Entendemos que, como naturales de este planeta y descendientes de los que construyeron esta fabulosa obra, tenéis unos derechos que no se nos pueden regatear. Pero —agregó con calor—, lo que nunca haremos es tolerar el empleo de la fuerza que, indudablemente, sólo emplean algunos fanáticos.

Baren y Tel se consultaron con la mirada. Movieron los labios, como si hablasen entre sí, pero no apareció ninguna de sus frases en la pantalla.

—¿Emitirán ultrasonidos? —murmuró Akrim.

Baren le miró sobresaltado. El joven se percató de que acababa de dar en el blanco.

Los barmeelianos, pensó el joven, debían poseer una peculiar cualidad fisiológica que les hacía extremadamente sensibles a los sonidos normales, pero se comunicaban entre ellos por medio de ultrasonidos, que el oído de un terrestre no podía captar.

—Eso creo yo —convino Fanella, sumamente meditabunda.

De pronto, Tel dio un paso hacia delante, indicando el vehículo que había en el exterior de la central.

—Sigámosle, Akrim —exclamó ella, sumamente excitada.

Akrim no se hizo de rogar. Baren salió afuera también y les indicó el asiento posterior del vehículo.

—Me gustaría conocer cómo llegaron a construir las centrales transformadoras de alimentos —exclamó el joven.

Había en el respaldo del asiento delantero una pantalla televisora, que se iluminó de inmediato, al mismo tiempo que el vehículo se ponía en marcha. Mientras Baren lo dirigía a buena velocidad a lo largo de una de las calles que había entre las máquinas, Akrim y Fanella leyeron algunas cosas muy interesantes sobre la construcción de aquellas centrales transformadoras de alientos.

* * *

BREVE HISTORIA DE LA CONSTRUCCIÓN DE CENTRALES TRANSFORMADORAS DE ALIMENTOS

El grado de civilización a que se había llegado en Barmeel era prodigioso. Aun existiendo algunas luchas intestinas, debidas a motivos políticos, la paz era general en el planeta. Esto impulsó al gobierno a poner en práctica un plan que se venía debatiendo durante muchos años.

Primero se realizó un exhaustivo sondeo sismológico de la capa sólida, localizándose varios centenares de cavernas, situadas a profundidad variable y cuyas dimensiones, por regla general, eran gigantescas. Mientras se iniciaban las perforaciones correspondientes, en muchos lugares simultáneamente, se ponían a punto las máquinas que servirían para transformar y distribuir los alimentos, fruto del esfuerzo de sabios durante largos años.

Los preliminares duraron medio siglo, antes de que se iniciase la construcción en serio. Esto no asustaba a los barmeelianos; sabían que construían para el futuro y, además, se necesitaba emplear un elevadísimo excedente de mano de obra, que amenazaba dar al traste con la estabilidad actual.

Los trabajos duraron generaciones enteras. Hubo

operarios que, en el curso de su vida, apenas si hizo otra cosa que perforar e insertar unos cuantos tubos en el seno de la capa sólida. Nadie, en general, se quejó; todos sabían que aquellos trabajos redundarían en beneficio de la posteridad.

Doscientos años de acordada la puesta en marcha del plan, se dio por concluso y las máquinas empezaron a funcionar, transformando las sustancias y elementos de la tierra en alimentos asimilables. Los tubos que se hundían en el suelo, servían para transportar las sustancias existentes en el suelo al interior de las máquinas, donde eran transformadas y elaboradas de modo conveniente para la alimentación. Una completísima red de tuberías, a modo de sistema circulatorio, transportaba los alimentos a los edificios, en los que se habían instalado los contadores y aparatos de control necesarios para el funcionamiento de las dispensadoras de alimentos existentes en cada vivienda. Ciertamente, existía un sistema monetario, por medio del cual, los ciudadanos hacían sus intercambios y abonaban al gobierno el importe de la comida consumida. Los gastos habían sido elevadísimos y resultaba necesario el reembolso de los mismos, labor que llevaría otros tantos siglos, antes de que pudiese llegar el momento de la distribución gratuita de comida.

Pero entonces se produjo la gran catástrofe; tan rápidamente, que apenas si unas pocas decenas de personas de ambos sexos pudieron salvarse. Todos los demás perecieron…

* * *

El vehículo alcanzó el final de la caverna, en donde había un gran tubo, de una docena de metros de diámetro, provisto en su base de lo que parecía una compuerta de acceso al mismo.

Baren se apeó del coche y se acercó a la compuerta. Había a la derecha de la misma una serie de botones de mando y presionó uno de ellos.

Akrim y Fanella le vieron mover los labios. Indudablemente,

hablaba con alguien situado en un punto desconocido para ellos.

Segundos después, Baren abrió la compuerta y se volvió hacia la pareja.

—Podéis subir —dijo—. El doctor Larr os espera.

—¿Quién es el doctor Larr? —preguntó la chica.

—Ahora lo veréis —esquivó Baren una respuesta concreta—. Subid.

—Vamos —dijo Akrim, tomándola por el brazo.

Entraron en el interior del tubo, cuya puerta se cerró de inmediato. El suelo se elevó en el acto.

—¿Adónde vamos? —preguntó Fanella nerviosamente.

—Baren te lo ha dicho: a ver al doctor Larr.

—Si, pero...

Akrim le pasó el brazo por los hombros.

—Ten un poco de paciencia —rogó.

El viaje fue más corto que la vez anterior; duró minuto y medio aproximadamente, al cabo de cuyo tiempo se detuvo el ascensor.

Un hombre apareció al otro lado de la puerta. Era de mediana edad y aspecto agradable.

—Soy el doctor Larr —se presentó con acogedora sonrisa.

—Fanella, Akrim —presentó el joven lacónicamente—. De... los ocupantes —añadió.

—Y de su Servicio Secreto, ¿no es así?

—No hay por qué negarlo, doctor —manifestó Akrim—. Así es, en efecto; pero el Servicio Secreto no habría intervenido a no ser porque se produjeron algunos casos de extrema violencia... me imagino que usted debe estar enterado de lo ocurrido.

Larr asintió brevemente.

—Desde luego —concordó. Despidió a Baren y luego invitó—: ¿Quieren acompañarme?

—Con mucho gusto, doctor —accedió el joven, a la vez que tomaba el brazo de Fanella. Dieron unos pasos fuera del ascensor y se detuvieron un instante, contemplando el asombroso espectáculo que se ofrecía ante sus ojos.

CAPÍTULO XIII

BREVE HISTORIA DE LA CATÁSTROFE

Barmeel había entrado en una era de sumo esplendor. Cubiertas ampliamente las necesidades vitales mínimas, el planeta alcanzó un grado de desarrollo impresionante. En verdad, no fueron nunca los barmeelianos un pueblo de artistas, sino de hombres prácticos; tal vez su idiosincrasia les impidió dedicarse a las bellas artes, por lo que los terrestres, a su llegada al planeta, no encontraron ninguna manifestación artística: cuadros, pinturas, música, etc. En suma, era un planeta eminentemente utilitario.

¿Cómo se comunicaban entre si cuando la distancia era excesiva? Sencillamente, no necesitaban aparatos de ninguna clase, porque eran telépatas.

Esta cualidad se perdió al producirse la Gran Catástrofe. El planeta, de modo inesperado, atravesó una gran nube de gases estelares, no detectada previamente, que causó una pavorosa mortandad, prácticamente el exterminio de toda la población de Barmeel. El gas estelar, al combinarse con el oxígeno de la atmósfera, produjo una atmósfera letal, pero no sólo impedía la vida, sino que, además, poseía unas cualidades corrosivas y disolventes extraordinarias. La atmósfera de Barmeel quedó contaminada durante decenas de años, y en ese plazo, los cadáveres se disolvieron en el gas hasta desaparecer por completo.

El tiempo limpió la atmósfera del planeta y la hizo nuevamente respirable. Ciertamente, el gas corrosivo no había pasado de la superficie y las semillas de muchas plantas quedaron intactas. La vegetación empezó a crecer de nuevo.

Pero no todos los barmeelianos habían perecido; en el interior de las cavernas, había unos millares de familias de los técnicos y operarios que atendían a las centrales

dispensadoras de alimentos...

* * *

—Aquí vivimos nosotros —dijo el doctor Larr—. Pese a que conseguimos salvamos de la catástrofe, es decir, nuestros antepasados, el gas estelar penetró en pequeñísimas dosis en las cavernas, produciendo en nuestros organismos una curiosa transformación psicofisiológica que de, adquirida, pasó a hereditaria. Perdimos las facultades telepáticas, al menos en su mayor parte, de lo cual no me quejo, pues me imagino que ha de resultar muy desagradable penetrar en el pensamiento de otra persona o que penetren en los de uno mismo, y además, nuestro sistema audio vocal sufrió también una gran transformación. Dejamos de captar, y de emitir, sonidos normales, y nuestros tímpanos y nuestro sistema de fonación se adecuaron para recibir y emitir ultrasonidos.

—Y ahora —dijo Akrim—, usted, doctor Larr, y me imagino que no estará solo, trata de hacer que los barmeelianos vuelvan a su estado normal, en este aspecto, por supuesto.

—Así es —concordó Larr—, Síganme, por favor.

La caverna, que se hallaba, según calculó Akrim, a unos quinientos metros por encima de la inferior, tenía unos ciento cincuenta metros de altura, por casi un kilómetro de anchura y una longitud indefinida, ya que no se veía su término. Había en ella algunos edificios, de la forma ya conocida por la pareja, y se veían bastantes personas circulando por todas partes. Su apariencia era normal, salvo por la intensa palidez de su epidermis, consecuencia lógica de una existencia bajo tierra.

—De modo —dijo Fanella— que ahora están tratando de hacer que los descendientes de los que sobrevivieron oigan y hablen normalmente.

—Sí, y debo confesar, aunque ello represente inmodestia por mi parte, que estamos logrando resultados positivos en la inmensa mayoría de los casos. El peor obstáculo contra el que hemos tenido que luchar no es el derivado de la misma operación quirúrgica y de las decenas de años de investigaciones y trabajos continuos, hasta lograr una mayoría casi absoluta de resultados positivos, sino la resistencia de la gente a abandonar un estado físico que conocieron

siempre y al miedo, llamémosle así, que sentían a volver a la superficie. El que ha nacido en una caverna y no ha visto nunca el exterior del planeta, tiene grabado en su subconsciente un lógico pavor a abandonar su ambiente habitual y a enfrentarse con otro que le es completamente desconocido. Poco a poco, sin embargo, vamos consiguiendo buenos resultados y esperamos que llegue el día en que todos cuantos vivimos aquí puedan regresar al sitio de donde partieron sus antepasados.

—Y vivir en paz y fraternalmente con los nuevos ocupantes de Barmeel —dijo Akrim con toda intención.

El doctor Larr hizo un gesto de disgusto.

—La mayoría pensamos de esa forma, pero hay algunos exaltados, que sostienen que el extranjero ha de ser expulsado de Barmeel, empleando para ello cualquier método. Obvio es decir que no cuentan con la opinión favorable de la mayoría, pero en una muchedumbre de, por ejemplo, cien mil personas, harán más ruido doscientos provocadores que el resto. Y su actitud ilógica e irrazonable, nos ha causado graves perjuicios hasta ahora, porque por ellos son muchos los que todavía se resisten a abandonar las cavernas. Ya saben ustedes: traición a los antepasados, Barmeel para los barmeelianos auténticos… en fin, los tópicos que se usan en casos similares, con un total desconocimiento de la realidad y un absoluto desfase de las circunstancias. El planeta es grande, es rico y puede contener aún varios miles más de millones de personas, antes de que haya de empezar a pensarse en ampliar las centrales dispensadoras de alimentos. ¿Quieren ver el hospital donde tratamos a las personas que desean volver a la superficie?

—Sí, sería interesante —aceptó Fanella vivamente.

En aquel momento, un hombre se acercó corriendo al grupo. Habló rápida y brevemente con el doctor Larr y luego se marchó.

El médico se volvió hacia sus huéspedes. Su rostro aparecía cubierto de sombras.

—Temo que habrán de buscar refugio —manifestó—. Una partida de exaltados se dirige hacia aquí con animo de destruir el hospital. Vengan conmigo, por favor.

Larr empezó a andar muy de prisa, seguido por la pareja. Akrim levantó la tapa de la pistola.

—No te separes de mí, Fanella —murmuró, cogiéndola por el

brazo.

El doctor Larr se detuvo delante de un edificio de varios pisos.

—Adentro —dijo.

De repente, se oyeron varios gritos. Akrim volvió la cabeza.

Dos automóviles se divisaban a lo lejos, acercándose a aquel punto a toda velocidad. Un hombre fue alcanzado por el primero de los vehículos y proyectado a gran distancia. Volteó en el aire un par de veces y luego quedó exánime, tendido en el suelo.

El doctor Larr se lanzó hacia delante, tratando de socorrer al herido. Akrim saltó hacia él y le agarró por un brazo, arrastrándole a viva fuerza.

—¡Adentro, doctor! —gritó.

Sonaban gritos de alarma y de susto. Las gentes corrían alocadamente en todas direcciones. Akrim se percató de que los coches se dirigían hacia ellos.

Tenían las cúpulas descubiertas. En el primero, había un hombre en pie, al cual reconoció Akrim de inmediato.

—Es Reters —exclamó.

Movió el brazo y echó a Fanella hacia atrás, habiéndola situarse en el interior del edificio. Él mismo se guareció en el umbral de la puerta y, por unos momentos, llegó a creer que pasaría desapercibido.

De algún modo que no comprendía, Reters había conseguido evadirse de la prisión a que le había sometido el jefe Colston. Exasperado por sus fracasos, fanatizado por unas ideas absurdas, trataba ahora de asestar su último golpe, esperando con ello, quizá, detener la creciente marea de los que ansiaban volver a la superficie.

Ahora ya no le cabía la menor duda: Reters era el Osis que le había anunciado Baren, el jefe de los terroristas, de los bárbaros que habían asesinado salvajemente a Celia Colston. Era fácil comprender los esfuerzos que había hecho por inutilizar la perforadora allá arriba, porque sabía que no encontrarían agua y sí una de las cavernas donde se hallaba la central transformadora de alimentos.

Ante la sorpresa de Akrim, los dos vehículos les rebasaron y se dirigieron hacia un edificio monumental, situado a unos quinientos metros de distancia.

—¡Se dirigen al hospital! —clamó Larr angustiosamente.

Era preciso evitarlo. Antes de que Fanella pudiese detenerle,

Akrim se lanzó en pos de los vehículos.

Corrió como nunca lo había hecho. Su objetivo era doble: evitar la destrucción del hospital y aniquilar a aquellos fanáticos, que no atendían a otras razones que las de su propia locura.

Uno de los secuaces de Reters, que viajaba en el segundo vehículo, se volvió de pronto y le vio.

Lanzó un agudo grito. Akrim lo supuso, ya que sólo le vio abrir la boca, pero no captó ningún sonido. Los otros, incluido Reters, le vieron también.

Reters emitió una orden. El conductor del segundo vehículo redujo su marcha y viró en redondo, lanzándose a continuación a toda velocidad hacia el joven.

Akrim plantó los pies en el suelo. Levantó la mano y tomó puntería.

El vehículo se le echaba encima a más de ciento cincuenta a la hora. Presionó el gatillo y un vivísimo resplandor brotó del arma.

El dardo de luz sólida alcanzó al conductor de lleno, matándolo en el acto. Instantáneamente. Akrim dio un salto lateral y rodó por el suelo varias veces.

El coche se ladeó lentamente, perdido el control. Rozó el suelo y dio un espantoso bote, despidiendo por los aires a sus ocupantes. Vehículo y hombres rodaron por tierra, en medio de un gran estruendo. Los individuos se quedaron inmóviles, muertos a consecuencia del tremendo golpe.

Akrim se puso en pie. En aquel instante, Reters desembarcaba en la puerta del hospital, llevando en brazos una pesada caja metálica de color negro.

El fanatismo cegaba la mente de Reters. Akrim corrió medio centenar de metros y luego se detuvo.

—¡Reters! —llamó con voz poderosa.

El hombre se volvió. Su rostro era una infinita máscara de odio.

«Te hiciste operar, pero sólo para combatimos, para sembrar la muerte y la destrucción», pensó el joven.

Reters dejó caer la caja y se llevó la mano a la cintura, donde tenía una pistola. Akrim tomó puntería con toda calma.

Pensó en Celia Colston y en las salvajes torturas a que había sido sometida. Reters no la había tocado, pero era tan culpable como los que la habían acuchillado.

El dardo de luz sólida alcanzó la garganta del fanático, pasando al otro lado y dejando en la piel dos negruzcos orificios de tres centímetros de diámetro. Reters permaneció unos momentos en pie, con los ojos desmesuradamente abiertos, petrificada en ellos su última mirada de odio, y luego cayó al suelo como una masa inerte.

Los tres hombres que le acompañaban levantaron sus manos en el acto, aterrados por la fulminante acción del joven. Fanella y el doctor Larr se le unieron segundos después.

—Hay que reducirlos a prisión —indicó Akrim.

El médico contempló pensativamente al trío de fanáticos.

—Haremos algo mejor con ellos —contestó —. Ahora mismo los llevaré al hospital, a fin de prepararles para ser intervenidos cuanto antes.

Y se acercó a los tres individuos quienes, abrumados por el desastre que suponía para ellos la muerte de su jefe, se sentían incapaces de resistir.

La gente corría alborotadamente hacia aquel lugar. Akrim enfundó la pistola.

—Bueno —dijo, respirando aliviado—, creo que ha llegado la hora de que nos ocupemos de nosotros mismos. ¿Qué dices a eso, Fanella?

La chica del pelo amarillo le dirigió una luminosa sonrisa.

—Pues... sí —convino—, será cosa de pensar en nosotros dos. Pero no te olvides de lo que te dije en cierta ocasión: tienes que hablar con mi padre.

—Le pediré tu mano con sumo placer —declaró Akrim—. Y, me imagino, él accederá encantado. Sobre todo, si es un hombre de espíritu abierto y comprensivo.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Fanella, extrañada.

—Bien, supongo que será curioso comprobar el factor predominante de la herencia en nuestros hijos. Espero que cuando lleguen a este mundo, lo hagan sin defectos audio vocales.

—Yo no tengo ningún defecto —protestó ella—. ¿Acaso crees que soy descendiente de barmeelianos?

—Lo eres —respondió él gravemente—. Pero eso no me importa a mí. Supongo —añadió—, que tu padre nos explicará por qué guardó silencio y no te lo dijo, aunque me imagino que prefirió hacerte creer, dadas las circunstancias, ya desaparecidas, que eras terrestre.

La abrazó.

—A mí no me importa que seas barmeeliana. Eres Fanella y basta.

La chica parecía muy perpleja.

—¿Cómo sabes que soy barmeeliana? —preguntó.

—¿Recuerdas aquella lata de cerveza que me diste en tu departamento? El abridor resbaló sobre la tapa. Tú te quejaste de que había producido un chirrido insufrible. Querida —declaró Akrim, mirándola a los ojos—, no hubo tal chirrido, aunque me imagino que sí produjo un sonido de frecuencia superior a lo normal, un ultrasonido, que tú llegaste a captar y por eso te hizo tanto daño, quizá no en los tímpanos, pero sí en el cerebro. Bien —concluyó el joven—, eso es lo de menos; el doctor Larr se encargará de solucionar este pequeño defectillo tuyo, que no tiene, afortunadamente, la importancia que llegué a creer podía tener.

Ella le miró fijamente.

—Porque pensabas que yo era una de «ellos» —dijo.

—Sí. Lo siento, pero así fue. Me alegro de que el resultado haya sido totalmente distinto.

—¿Y ahora? —sonrió Fanella.

—Ahora pienso que no eres una de «ellos», sino mía. Digo yo.

Fanella le dirigió una sonrisa llena de malicia.

—Dices muy bien, cariño —murmuró, levantando el rostro para permitirle que la besara.

* * *

BREVE NOTICIA DE LA SITUACIÓN ACTUAL DE BARMEEL

Eliminado el foco de terroristas fanáticos, los descendientes de los primitivos barmeelianos residen ya en la superficie, mezclados armoniosamente con los terrestres. Los automóviles funcionan ya y la Tierra está exportando técnicos y material de comunicaciones, en especial de televisión. Los científicos se sienten muy satisfechos, en especial los médicos y antropólogos, quienes realizan continuos estudios sobre el extraño

fenómeno que asoló la superficie de Barmeel y provocó aquellas extrañas transformaciones en los pocos seres que sobrevivieron. Asimismo los gramáticos, semánticos y filólogos trabajan denodadamente en el conocimiento del idioma barmeeliano, ahora que los descendientes de los primitivos pobladores del planeta han roto la regla del silencio que se impusieron al respecto y han dado a conocer las características gramaticales del lenguaje mencionado.

Los hijos de Akrim y Fanella son perfectamente normales.

